

índice

0	prólogo	1
i	antes del tiempo	2
	i:1 la flor roja de los dioses	2
	i:2 la caja de Pandora	4
ii	Paris y Helena	5
	ii:1 una manzana para Afrodita	5
	ii:2 el rapto de Helena	7
	ii:3 la guerra de Troya	8
	ii:4 el caballo de madera	10
iii	un largo regreso a casa	12
	iii:1 Odiseo, el errante	12
	iii:2 Nadie y los cíclopes	13
	iii:3 Circe, la hechicera	15
	iii:4 el canto de las sirenas	16
	iii:5 retorno a Ítaca	18
iv	los argonautas	20
	iv:1 Jason, heredero del trono	20
	iv:2 el vellocino de oro	22
	iv:3 el viaje del Argo	23
	iv:4 sembrando los dientes de dragón	24
v	Perseo	26
	v:1 un regalo para el rey	26
	v:2 la cueva de las Gorgonas	27
	v:3 Perseo va al rescate	29
	v:4 lanzamiento predestinado del disco	30
vi	los doce trabajos de Heracles	32
	vi:1 la leche de la diosa	32
	vi:2 el camino de la virtud	33
	vi:3 el consejo del oráculo	34
	vi:4 el consejo del oráculo	35
	vi:4 la Hidra descabezada	37
	vi:5 los establos de Augías	38
	vi:6 amansando las doce yeguas	39
	vi:7 amazonas sin miedo	40
	vi:8 el ganado del dios del Sol	41
	vi:9 Cerbero, el sabueso del infierno	42
	vi:10 Heracles, el inmortal	44
vii	Teseo	45
	vii:1 el laberinto del rey Minos	45
	vii:2 vuelo hacia la libertad	47
	vii:3 el camino a Atenas	48
	vii:4 el hilo de Ariadna	49
	vii:5 éxito y amargura	51

Charles Kovacs

Mitologías antiguas: Grecia

el profanador de textos

profanador, ra.

(Del lat. *profanātor*, -ris).
1. adj. Que profana. U. t. c. s.

profanar.

(Del lat. *profanāre*).
1. tr. Tratar algo sagrado sin el debido respeto, o aplicarlo a usos profanos.
2. tr. Deslucir, desdorar, deshonrar, prostituir, hacer uso indigno de cosas respetables.

Real Academia Española ©
Todos los derechos reservados

confesiones de invierno

(¡siempre charly garcía debe estar presente!)

quiero a los libros —esos seres impresos en árboles muertos (o debería decir ‘asesinados’)— con ‘sagrado’ respeto, pero resulta que muchas veces son inhallables... o hallables a un precio inalcanzable.

por eso me convierto en ‘profanador’: ‘deshonro,’ ‘prostituyo’ la belleza del papel y transfiero la sabiduría a este nuevo ser electrónico.

es verdad: dejo sin pan a quien lo creó. pero completo su más profundo deseo: difundir su conocimiento. (a mi tampoco me convencen estas ‘razones,’ son puro bla, bla, bla.)

el diseño apaisado es para que sea fácil leerlo en el monitor de la computadora o impreso en hoja A4, simple o doble faz. a fin de cuentas, millones de libros han sido leídos ‘fotocopiados’ en ese formato. (en realidad, los más beneficiados son los que venden recargas truchas de cartuchos.)



con respecto a este libro

Título: ‘Mitología Griega. Historia Griega’

Autor: Charles Kovacs

ISBN:

Título original: Original sin título.

Editorial: Sin editorial.

Sin fecha de impresión.

primera pedeeeficación:
febrero 18, 2017

actualizaciones:

para colaborar

Correcciones: para aportar correcciones a los textos, por favor, enviar un email a elprofanadordetextos@yahoo.com, poniendo en el ‘Asunto:’ el nombre de la publicación y en el cuerpo, el texto equivocado y el nuevo, con referencia de página. Gracias.

Dactilografiado: hay mucho material traducido en forma manuscrita que ‘desea’ ser publicado. Si quieren aportar el tiempo de datilografiado, por favor, enviar un email a elprofanadordetextos@yahoo.com, poniendo en el ‘Asunto: Tipear.’ Gracias.

GA

Los **libros y conferencias de Rudolf Steiner** se catalogan según el ‘GA,’ ‘Gesamtausgabe’ [‘Edición Completa’]. En todas las citas se ha intentado referir al número de GA para evitar confusiones por las diferencias en las traducciones de los títulos. Se traduce el título al castellano para referencia, pero no significa que el libro esté traducido. La cita ‘[GAnn:cc:pp]’ significa ‘párrafo pp’ de la ‘conferencia cc’ del GA ‘nnn.’

BM

Los **Boletines de Metodología** para los presentes y futuros maestros Waldorf fueron publicados por Juan Berlín desde México. Los artículos son identificados con el número de boletín y una letra según el orden de aparición en el mismo. La cita ‘[BMO24c]’ significa ‘el tercer artículo (letra c)’ del ‘boletín 24.’ En el caso de suplementos, se usa directamente la letra ‘s’: [bm011s].

párrafos

Para facilitar las referencias cruzadas, los párrafos son identificados con un número ⁽⁰²⁾ o un número y una letra ^(02c) al inicio de los mismos. En todos los casos, el número indica el número de párrafo correspondiente a la edición alemana. La letra representa una subdivisión de dicho párrafo, en caso que ayude a la mejor identificación de los temas.

el por qué de este proyecto

una nota de el profanador de textos

Como indica el ‘prólogo,’ la intención de estas historias es facilitar el acceso a los temas mitológicos, que si las fuentes son escasas en inglés, y aún son más escasas en castellano.

La edición original comprende dos libros.

Para facilitar el uso se han producido documentos separados para cada caso.

Existen entonces:

- Mitologías antiguas: India,
- Mitologías antiguas: Persia.
- Mitologías antiguas: Babilonia.
- Mitologías antiguas: Egipto.
- Mitologías antiguas: Grecia.

Duda:

Para cada relato mitológico, suele haber más de una versión, o variación, de la historia contada.

No se si todas las historias aquí son ‘originales.’ Algunas parecen surgidas del recuerdo del autor, sin haberlas verificado.

Se ha hecho un esfuerzo para comparar las versiones más frecuentes, pero la mitología es casi infinita. ♣

0 prólogo

En el mundo de habla inglesa,¹ los maestros de las escuelas Waldorf están en desventaja con sus colegas de Alemania. Mi maestro en Hamburgo podía encontrar material educativo de cualquier tema por autores antroposóficos.

Pocos libros de este estilo están disponibles en inglés y el material en bibliotecas públicas está a menudo reñido con el espíritu de la educación Waldorf.

Charles Kovacs —nacido en 1907 en Becs, Austria—, un maestro de la Escuela Rudolf Steiner de Edimburgo, escribió extensas notas de sus clases principales, día por día, de los grados primero a octavo, para ayudar a sus colegas en la búsqueda de la fuente indicada del material.

Subsecuentemente, el texto ha sido usado y apreciado por los maestros de Edimburgo durante muchos años.

Aunque presentado en formato de lecciones, debe ser entendido que el texto representa la forma en la cual un maestro particular enseñó a un grupo particular de alumnos.

Pero el contenido de estas historias, el modo que el maestro trata de presentarlas y el estilo narrativo usado, provee valiosa información, particularmente

para el maestro que presenta un tema por primera vez.

Con nuevas escuelas Waldorf surgiendo continuamente y con pocos maestros experimentados para proveer guía personal, hay una real necesidad de hacer accesible este tipo de material.

Por último, unas palabras para aquellos que no están familiarizados con la educación Waldorf.

Nacido de los ímpetus pedagógicos del filósofo austríaco Rudolf Steiner (1861-1924) el currículum de las escuelas Waldorf tiene como objetivo algo más que despertar el nuevo intelecto: busca educar a todo el ser del niño en crecimiento, para cada uno pueda desarrollar su real potencial humano y espiritual. ♣

Lecturas posteriores sugeridas

Steiner, Rudolf. ‘Antiguos mitos y su significado.’ [GA180]

Steiner, Rudolf. ‘La búsqueda del Santo Grial. Cristo y el mundo espiritual.’ [GA149]

Steiner, Rudolf. ‘El cristianismo como hecho místico y los misterios de la antigüedad.’ [GA008]

Steiner, Rudolf. ‘Maravillas del Mundo, pruebas del alma y manifestaciones del espíritu.’ [GA129]

Steiner, Rudolf. ‘La historia universal.’ [GA233]

¹ Y podemos agregar, ‘de habla española.’ [n. del pr.]

i antes del tiempo

i:1 la flor roja de los dioses

En las narraciones sobre la antigua India, Persia, Babilonia, y Egipto, escucharon como la gente se fue afianzando gradualmente más y más sobre la Tierra.

En la antigua India, Iudistira, su mujer y su hermano subieron alto a los Himalayas buscando la puerta del cielo; en ese tiempo muy lejano, la gente no le tenía miedo a la muerte.

Pero civilizaciones posteriores como la Babilonia y la Egipticia, gozaban tanto de la vida sobre la Tierra, que querían vivir eternamente. Y cremaban los cuerpos.

Recuerdan cuánto se enojó Gilgamesh, el hijo del dios babilonio del Sol, cuando perdió la Planta de la Vida y se dio cuenta que debía morir como cualquier otro ser sobre la Tierra.

Ahora escucharán sobre otra raza de gente que se sentía a gusto sobre la Tierra. Se llamaban griegos, y vivían en un país llamado Grecia, al oeste del continente europeo.

Grecia es un país pequeño. Es una península, lo que significa que está rodeado de mar en tres de sus lados. Alrededor de sus costas hay muchas islas grandes y chicas.

El invierno es corto y húmedo y la nieve es muy rara, mientras que el verano es largo, seco y muchas veces muy caluroso.

Mientras que las narraciones que han escuchado sobre la antigua India, Persia, Babilonia y Egipto sucedieron muchísimo tiempo atrás, las historias que escucharán ahora sólo tienen unos tres mil años.

El Rey Arturo vivió hace unos mil años, Cristo vivió en la Tierra unos mil años antes de esto, y si retrocedemos mil años más llegamos al tiempo de la antigua Grecia.

El pueblo de Grecia amaba las narraciones sobre dioses y héroes. No tenían libros, pero había hombres que iban de pueblo en pueblo contando estos relatos a la gente.

A la noche, cuando el sol se hundía en el brillante mar azul, la gente dejaba de trabajar.

Los agricultores venían de los campos, los pescadores venían de la costa, las mujeres venían de sus casas, los chicos dejaban de jugar, y todos se reunían en la plaza del mercado, y se sentaban alrededor del narrador.

Él no contaba sus historias como yo se las cuento ahora, sino que tenía un arpa y cantaba sus cuentos, que estaban en verso, como si estuviera cantando una canción.

Y uno de estos cuentos o canciones decía:

Altas son las montañas que ustedes ven desde su pueblo, pero lejos en el norte de Grecia hay una montaña tan alta que su cumbre blanca de nieve alcanza las nubes.

Se llama Monte Olimpo y las alturas de este monte es el hogar de los Dioses.

Allí viven los Dioses Olímpicos.

el profanador de textos

Son tos inmortales, nunca mueren y nunca envejecen.

Su regente es el poderoso Zeus; su largo cabello cae sobre sus anchos hombros, y una tupida barba enmarca su cara.

En sus manos sostiene truenos, y a sus pies está posada el águila, que es su mensajera.

Zeus, el Padre de los Dioses, era grande, pero él y los otros dioses no siempre dominaron el mundo.

Una raza de gigantes salvajes llamados los Titanes habían sido los dueños del mundo hasta que Zeus y sus compañeros los derrotaron en una batalla terrible.

Y los Titanes vencidos fueron desterrados a unas cuevas profundas en la tierra para quedar presos allí para siempre.

Pero dos de los titanes más sabios, Prometeo y su hermano Epimeteo, habían ayudado a Zeus en la lucha, porque sabían que las costumbres salvajes y primitivas de los gigantes tenían que llegar a un fin, y no fueron encerrados junto con la estirpe de los Titanes.

En ese tiempo la vida sobre la Tierra era difícil; había muchos animales salvajes por todas partes y los hombres no tenían armas para combatirlos, y vivían con miedo y terror.

Sin embargo, estos pueblos eran también salvajes y sin ley, y Zeus pensó muchas veces que lo mejor sería destruirlos a todos.

Pero Prometeo simpatizó con esta gente primitiva y pensaba en cómo podría ayudarlos a domesticar a los animales que tanto les asustaban.

Pero Zeus, el Padre de los Dioses, no tenía deseos de que la raza humana se hiciera más poderosa.

Un día, Prometeo decidió ayudar a la raza humana, le gustara a Zeus o no. Y el titán pensó que lo que más ayudaría a los seres humanos era la flor roja de los dioses.

¿Qué era la flor roja?

¡Era el fuego!

Hoy en día, el fuego es algo natural para nosotros; lo usamos para cocinar la comida, para iluminar las casas a la noche, y para darnos calor en invierno.

Pero en aquellos días, la gente comía las comidas crudas, se amontonaban en el frío y en la oscuridad para calentarse y protegerse de los animales salvajes.

Prometeo también sabía que los animales le tienen miedo al fuego, a ningún animal salvaje se acerca al fuego.

Pero los antiguos griegos creían que el Sol era un carruaje de fuego en el que Helios, el Dios Sol, cruzaba todos los días a través del cielo. Prometeo trepó a una alta montaña y cuando el carruaje de Helios pasó sostuvo una varilla seca de hinojo y pronto empezó a quemarse.

Habiendo conseguido la vara ardiente, Prometeo se apuró a bajar para llevar su regalo a la raza humana.

La gente lo miró con asombro y milagro cuando de las chispas pequeñas pues traía encendió un fuego rugiente. Entonces Prometeo les contó que la flor roja no solamente alejaría a las bestias salvajes, sino que también le daría calor y cocinaría sus comidas. El titán explicó también que podía usar el fuego para transformar el metal de la tierra en armas más mortales que las garras de los animales.

Una vez que la raza humana recibió el regalo del fuego, la humanidad empezó a manejar

las fuerzas de la naturaleza y a hacer armas y herramientas.

Sin embargo, Zeus no tardó mucho en darse cuenta de que Prometeo le había desobedecido al llevarle la flor roja a los hombres.

Zeus gritó:

—*¡Él nos ha robado el fuego, y no escapará sin castigo! ♣*

i:2 la caja de Pandora

Zeus llamó a sus dos sirvientes, Cratos y Bía —personificaciones masculina y femenina de la fortaleza y la violencia—, y le dijo:

—Tomen a este titán desobediente y llévenlo lejos hacia el este, cerca de las altas montañas llamadas Cáucaso.

»Amárrenlo con cadenas a una roca de manera de que no pueda moverse; no debe morir; pero debe de estar atado para siempre a la roca.

»Yo, Zeus, Padre de los Dioses, lo juro.

Cratos y Bía arrastraron a Prometeo, que se resistía, hasta el Cáucaso y lo encadenaron a una profunda roca sobre una gran grieta.

Prometeo fue abandonado colgando de las cadenas amarradas a la roca como castigo por haber llevado el fuego a la humanidad.

En el verano, el sol le quemaba la piel y la lluvia caía sobre él; en invierno temblaba con los vientos fríos y con la nieve que cubría sus miembros.

Pero después de muchos años, un gran héroe llegó hasta las rocas donde estaba encadenado y lo liberó.

El nombre de este héroe era Heracles; algún día ustedes escucharán sus muchas grandes obras.

Mientras tanto, los antiguos griegos se hicieron muy poderosos; aprendieron a observar el movimiento de las estrellas, a hacer carruajes, barcos, armas de metal y herramientas.

En las historias griegas se le llamó a esta época la Edad de Oro, porque la gente nunca se enfermaba, llegaban hasta una edad muy avanzada y morían en paz.

No tenían preocupaciones, ni tristezas, ni dolores, ni malestares.

Recuerden que Prometeo tenía un hermano llamado Epimeteo. Prometeo había advertido a su hermano muchas veces diciéndole:

—Si Zeus te manda un regalo, tienes que devolverlo.

No mucho tiempo después de que Prometeo fuera llevado al Cáucaso, Epimeteo recibió la visita del dios Hermes, que era al mismo tiempo mensajero de los dioses y protector de los comerciantes y navegantes. Hermes tenía alas en su sombrero y en sus sandalias, y podía viajar más rápido que el rayo.

Pero Hermes no llegó solo, sino que vino acompañado a una hermosa joven que traía una caja pequeña.

El dios mensajero le dijo a Epimeteo:

—Esta es Pandora, que significa 'la que trae todos los regalos' porque ella no solamente es bella, sino que además es muy gentil e inteligente.

»Zeus te la ha mandado a tí para que no te sientas solo ahora que Prometeo se fue.

»Zeus te manda también esta caja, pero sólo puedes disfrutar de ella mirándola por fuera.

»¡Nunca debe ser abierta!

Pandora era tan bella que Epimeteo decidió olvidar el consejo de su hermano y aceptó los dos regalos, la joven y la caja.

Por un tiempo todo anduvo bien, y parecía que la advertencia de Prometeo había sido infundada.

Pero un día, cuando Pandora estaba sola en la casa, miró a la hermosa caja preguntándose que podría contener.

Su curiosidad finalmente triunfó sobre la prudencia y levantó la tapa.

Hecho esto, fue como si hubiera abierto la tapa de una colmena: cientos y cientos de pequeños seres alados salieron de la caja, volando por toda la casa y saliendo por las ventanas y puertas, expandiéndose en todas direcciones.

No eran abejas, ni mariposas, ni pájaros, sino cientos de enfermedades y preocupaciones.

Y desde ese momento terminó la Edad de Oro, porque las enfermedades, las preocupaciones, y los problemas le habían llegado al ser humano.

Cuando Pandora vio volar todas esas extrañas criaturas, cerró la caja, pero ya era demasiado tarde, porque sólo quedó dentro una de esas pequeñas criaturas con alas.

Era la única cosa buena que había en la caja; rogó repetidamente que la dejaran salir hasta que por fin Pandora abrió nuevamente la tapa de la caja y salió algo que parecía una mariposa blanca brillante, que era la esperanza.

De esta manera, cuando estamos enfermos o tenemos problemas, es la esperanza la que puede ayudarnos a vencer nuestras dificultades. ♣

Paris y Helena

ii:1 una manzana para Afrodita

Habrán escuchado que los narradores viajaban de pueblo en pueblo cantando canciones basadas en historias antiguas. Se los llamaba ‘aedos.’

El más famoso de estos aedos fue Homero, que era ciego, pero sabía hacer poemas, recitarlos y cantarlos como ningún otro.

Y mucho tiempo después de su muerte, otros aedos que habían aprendido de él las canciones las repetían una y otra vez, porque el pueblo amaba escucharlos.

Más adelante, cuando ya se habían inventado la escritura y los libros, las historias del ciego Homero fueron anotadas y es por eso que hoy en día podemos leer las propias palabras de Homero.

Esta es una de las historias que Homero contó:

La mujer más bella que jamás vivió sobre la Tierra era Helena, hija del rey de Esparta, una ciudad famosa en la historia de Grecia.

Cuando Helena llegó a la edad de casarse, vinieron de todas partes de Grecia poderosos reyes para cortejada.

Pero en aquellos tiempos las mujeres jóvenes, ni aún tratándose de las hijas de los reyes, podían elegir a sus esposos, sino que el padre tenía poder para decidir con quien se casaría.

Fue muy difícil para el rey de Esparta tomar una decisión. Al elegir a uno de los pretendientes, cualquiera que fuera, los demás se convertirían en enemigos, lo cual podría terminar en una terrible lucha con derramamiento de sangre.

Entre los reyes había uno llamado Odiseo cuyo reino era una pequeña isla llamada Ítaca. Aunque él era sólo un rey menor, ningún hombre en Grecia era más sabio o más astuto, y le dijo al padre de Helena:

—Llame a todos los pretendientes y dígales que no tomará ninguna decisión mientras no juren por Zeus que protegerán y ayudarán al futuro esposo de Helena, sea quien fuere el elegido.

Y así lo hizo. Y todos juraron.

El rey de Esparta eligió a un rey guerrero fuerte, de cabellos rubios y ojos azules, que se llamaba Menelao.

Después de casarse, la pareja estableció su hogar en Esparta, y más adelante Menelao llegó a ser rey.

Los otros pretendientes cumplieron sus promesas y nadie trató de luchar contra el feliz Menelao. Regresaron a sus reino y todos encontraron una buena esposa.

El astuto Odiseo, rey de Ítaca, también regresó a su casa y se casó.

Pero Menelao, amante de la guerra, se ausentaba con frecuencia de su casa buscando fama como guerrero, dejando a la hermosa Helena sola en Esparta con sus sirvientes.

Un día, cuando Menelao estaba ausente, llegó a Esparta un barco llevando visitantes de la ciudad de Troya.

el profanador de textos

Troya no era una ciudad griega; estaba ubicada en el lado opuesto del Mar Egeo, en la costa de Asia — en el país que ahora se llama Turquía—.

La gente que vivía en la poderosa y rica ciudad de Troya se llamaban troyanos, no griegos.

Príamo, l rey de Troya, tenía varios hijos a los que amaba, y de los cuales estaba muy orgulloso.

Pero había una oscura profecía con respecto a uno de ellos, llamado Paris.

Antes de que naciera el niño, su madre, la reina, tuvo un extraño sueño: daba luz una antorcha encendida que incendiaría toda la ciudad de Troya y la dejaría hecha cenizas.

Pero el rey tenía tanto miedo por el sueño que había tenido su esposa que mandó a un sirviente a que lo abandonara para que muera.

Pero un pastor lo encontró y lo crió como su hijo.

El príncipe creció y fue un hermoso joven que vivía en las montañas como un pastor de ovejas.

Un día, cuando Paris estaba cuidando sus ovejas, le sucedió algo que no le había sucedido antes a ningún otro hombre: tuvo que ser juez de la pelea entre tres diosas.

Tres mujeres, cada una de ellas más maravillosa que cualquier mujer de la Tierra, estaban paradas delante de él al costado de la montaña.

La primera era alta y elegante, llevaba puesta una capa real púrpura y dijo:

—*Yo soy Hera, la esposa de Zeus, Reina de los Dioses.*

La segunda llevaba puesta armadura y casco, llevaba lanza como un guerrero, pero su cara brillaba por su belleza, y parecía que todo el conocimiento del mundo estaba en su mirada. Dijo:

—*Yo soy Palas Atenea, la Diosa de la Sabiduría.*

La tercera estaba vestida de blanco y sus ojos eran azules como el mar, su cabello tenía un color dorado como el trigo maduro, y era hermosa como una rosa en el rocío de la mañana. Dijo:

—*Yo soy Afrodita, la Diosa del Amor.*
»*Te hemos elegido para que decidas cual de nosotras es la mas bella.*

¡Pobre Paris! ¿Cómo podría él, un hombre mortal, juzgar a diosas inmortales?

Hera vuelve a hablar y le dice:

—*Te prometo poder y riquezas si me eliges como la mas bella.*

Palas Atenea dijo:

—*Te prometo fama y sabiduría.*

Afrodita le sonrió y le dijo:

—*Si decides por mí, te daré como esposa a la mujer mas bella sobre la Tierra.*

Entonces Hera le dio a Paris una manzana de oro y le dijo:

—*Debes dársela a la diosa que te decidas que es la más bella.*

Encandilado por los atractivos de Afrodita y seducido por su promesa, Paris le entregó la manzana a la Diosa del Amor.

Las otras diosas, enfurecidas, le dieron la espalda y se fueron.

Afrodita repitió su promesa y también se fue, quedando Paris solo.

Un tiempo después regresó a la ciudad de su padre, y parecía que el sueño de su madre había sido olvidado.

Y fue Paris, el Príncipe de Troya, quien fue de visita a Esparta con un barco y muchos guerreros cuando el esposo de Helena estaba ausente. ♣

ii:2 el rapto de Helena

Escucharon que Paris llegó a Esparta en un barco con muchos tripulantes. El rey Menelao estaba ausente, pero Helena recibió a los visitantes con hospitalidad real, y les fueron servidos manjares y bebidas.

Pero Paris apenas prestaba atención a la comida que le traían, y sólo tenía ojos para su bella anfitriona.

Le parecía ver en Helena una imagen terrena de Afrodita.

¿No le había prometido la diosa la mujer mas bella de la Tierra?

Olvidándose de todas las reglas de la decencia y la honestidad, Paris reunió a sus guerreros prometiéndoles saqueos si lo ayudaban.

Entonces se apoderaron del palacio, se adueñaron de los tesoros del rey Menelao y secuestraron a la bella Helena, llevándola a su barco.

Y navegaron hacia Troya.

Y, a través del poder de Afrodita, la Diosa del Amor, Helena llegó a gustar del bello Paris y, al final, olvidó a su esposo Menelao.

Pero Paris había quebrantado las leyes sagradas de la hospitalidad. No sólo Menelao se sintió furioso

cuando regresó, sino que todos los griegos se sentían insultados por la impertinencia del príncipe troyano.

Los reyes —que habían prometido ayudar al esposo de Helena— estaban atados por su juramento y debían ayudarlo.

Menelao mandó mensajeros llamando a sus amigos para que enviaran barcos y guerreros para navegar hacia Troya.

Pronto reunieron una poderosa flota para cruzar el mar y traer a Helena de regreso a Esparta.

Pero, había dos guerreros que no querían acompañarlo en la lucha.

Uno de ellos era Odiseo que se había casado con una noble llamada Penélope, y que justamente acababa de dar a luz y Odiseo no quería dejar a su mujer y a su pequeño hijo para luchar por Menelao en una guerra que podría durar mucho años.

Cuando llegó el mensajero, Odiseo simuló estar loco. Ató un buey y un asno a un arado y empezó arar un campo, poniendo sal en los surcos en lugar de las semillas.

El mensajero observó este extraño comportamiento y durante un rato y después fue silenciosamente al palacio y encontró al hijo de Odiseo dormido en su cuna. Lo saco, lo llevó hasta el campo, y lo puso delante del arado del rey de Ítaca.

Cuando Odiseo llegó cerca del bebe, detuvo al buey y al asno y alzando al bebe, lo puso fuera del camino.

El mensajero se rió con ganas y le dijo a Odiseo:

—*Si estás lo bastante sano como para rescatar a tu hijo, también estas bastante sano como para luchar al lado de Menelao.*

Y de esta manera el astuto Odiseo tuvo que dejar de fingir y acompañarlo.

El otro guerrero que no quería unirse a la gran flota de griegos se llamaba Aquiles. Era demasiado joven para ser uno de los pretendientes de Helena y, por lo tanto, no había hecho promesa alguna de ayudar a Menelao.

Pero los griegos pretendían que Aquiles los acompañara porque un oráculo, un sacerdote que podía ver el futuro, había dicho que sin él no podían ganar la guerra contra Troya.

¿Por qué Aquiles era tan necesario para la victoria griega?

El príncipe Aquiles era hijo de un rey y de la diosa del mar Tetis. Siendo Tetis una ninfa del mar, era inmortal, pero su hijo Aquiles, que tenía un padre humano, era mortal, y por lo tanto moriría como los demás seres humanos.

Por eso, cuando Aquiles era bebé, su madre decidió hacerlo invulnerable, de manera tal que ningún arma pudiera matarlo.

Tetis tomó el bebé y lo sumergió en el río Estigia, que separa el mundo de los vivos y del de los muertos, pero olvidó sumergir el talón por el cual lo sostenía.

Aquiles ya era invulnerable, excepto en el talón.

Pero Tetis seguía temiendo por su hijo porque era vulnerable en ese único punto, y cuando supo que los griegos querían que Aquiles fuera a pelear a Troya, dejó su reino bajo las aguas y en secreto entró en el palacio de su esposo.

Tetis encontró a Aquiles y le dijo que, para bien de ella, tenía que acompañarla y hacer lo que ella le dijera.

Aquiles se fue entonces con su madre. Tetis lo vistió como una joven y lo llevo a la corte de un rey para que hiciera de mucama para la hija del mismo.

Aquiles vivió durante un tiempo como mucama en el palacio.

Pero el oráculo que le había dicho a los griegos. que necesitaban a Aquiles para la victoria, predijo que lo encontrarían vestido de mujer en el palacio de un rey, y por la descripción que dio el sacerdote, los griegos se dieron cuenta donde se estaba escondiendo Aquiles.

Odiseo y un compañero fueron enviados para buscarlo. Fueron al palacio y le contaron al rey la razón por la cual habían venido.

El rey dijo que si había un hombre entre los sirvientes de su hija, ellos mismos debían de encontrarlo.

Odiseo y su compañero miraron a los sirvientes, pero el joven Aquiles se parecía tanto a una niña, que no pudieron detectarlo.

Entonces Odiseo pensó en un plan astuto. Hizo traer una lanza y un escudo, y sin previo aviso, su compañero hizo sonar desde afuera una trompeta de guerra.

Las jóvenes se dispersaron en todas las direcciones, pero Aquiles tomó la lanza y el escudo y se puso en posición de lucha.

Aquiles había sido descubierto, pero el joven príncipe estaba cansado de vivir como una niña porque amaba la guerra y la lucha, y sólo por pedido de su madre se había disfrazado.

Dado que el disfraz había fracasado, estaba complacido de ir con Odiseo y unirse a los griegos en la guerra contra los troyanos.

Y así fue como una gran flota de miles de barcos, llevando un enorme ejército y muchos héroes como Menelao, Aquiles y Odiseo, zarpó a través del mar hacia Troya. ♣

ii:3 la guerra de Troya

Han de recordar que Paris había violado las leyes de la hospitalidad en Esparta. Había sido recibido cortésmente como huésped y, sin embargo, había retribuido esa cordialidad al raptar a la esposa y los tesoros al rey Menelao.

No piensen que el padre de Paris, el rey de Troya, o sus hermanos, o la población de Troya aprobaban lo que Paris había hecho.

Sabían que no era correcto robarle la esposa a otro hombre y era muy probable que los troyanos le hubieran mandado de vuelta a Helena a su esposo, le gustara o no a Paris.

Los griegos le habían mandado mensajes a los troyanos en que le exigían que se devolviese a Helena y el tesoro.

Los mensajeros amenazaron a los troyanos diciéndole a Príamo, el rey de Troya:

—*Los troyanos no son otra cosa que ladrones.*

»*Si no nos devuelven lo que nos han robado, con mayor cantidad de oro como resarcimiento por el acto necio de Paris, sufrirán todo el peso de Grecia sobre ustedes.*

»*Les haremos arrastrarse por el polvo y rogarnos clemencia.*

Pero los troyanos eran personas orgullosas y valientes y no cederían ante insultos y amenazas.

Se rehusaron a devolver a Helena y los tesoros, y los mensajeros retornaron a Grecia con la noticia de que los troyanos estaban dispuestos a ir a la lucha.

La enorme flota griega cruzó entonces el mar con destino a Troya.

La espléndida ciudad, que estaba protegida por altos y gruesos muros, estaba lejos de la costa.

La flota griega arribó a las costas y miles de guerreros bajaron a las playas para iniciar la construcción de un gran campamento. Construyeron alojamientos para los reyes y para los soldados.

Levantaron terraplenes de tierra para defender su campamento, que pronto tuvo el trájín de una gran ciudad.

Estaban todavía trabajando duramente, cuando los portones de los muros de Troya se abrieron y salieron guerreros troyanos conducidos por el máximo héroe troyano, Héctor, el hermano de Paris.

Héctor dio la orden de ataque, y los griegos fueron tomados de sorpresa y murió una gran cantidad de ellos.

Pero pronto se repusieron, dejaron sus azadas y palas, tomaron las armas, y salieron apurados a combatir, y cuando Aquiles comenzó a castigar por la derecha y la izquierda a sus enemigos, los troyanos volvieron a refugiarse dentro de los muros de su ciudad.

Este fue el primer encuentro, y desde entonces hubo combates todos los días. Algunas veces ganaban los troyanos y se retiraban los griegos. Algunas veces vencían los griegos y perseguían a los troyanos, que huían hasta los mismos portones de Troya.

Pero ninguna de esas batallas trajo la victoria final.

el profanador de textos

Pero no sólo los hombres peleaban esta guerra. También los dioses tomaron parte.

Hera, la esposa de Zeus, y Palas Atenea —ambas diosas despechadas por la elección de Paris— ayudaban a los griegos, pero Afrodita —la diosa elegida por Paris— ayudaba a los troyanos.

En una batalla Menelao vio a Paris entre los troyanos. Rugiendo de ira, atacó al hombre que le había robado a su mujer. Tiró su lanza con tal fuerza que atravesó el escudo y la armadura de Paris y lo lastimó gravemente.

Pero cuando Menelao sacó su espada para matarlo, Afrodita —que vigilaba en forma invisible la batalla— tiró rápidamente su velo sobre Paris, y Menelao ya no pudo ver más a su enemigo.

También Paris se había vuelto invisible, y la Diosa del Amor condujo a su favorito herido a un sitio seguro fuera del campo de batalla, y lo llevó de regreso detrás de los acogedores muros de Troya.

También otro dios ayudaba a los troyanos.

Se llamaba Apolo, el Dios de los Rayos Solares. Era el Divino Tirador de flechas con arco. No había flecha arrojadas desde su reluciente arco que fallara, tal como los Rayos Solares llegan directamente a la Tierra desde el Sol.

A alguna distancia del campo de los griegos había un templo de Apolo en el cual un sacerdote efectuaba sacrificios diarios al Dios y cantaba himnos en alabanza.

Este sacerdote tenía una hermosa hija que le ayudaba en las oraciones.

Cuando los griegos vieron a la joven pensaron que era tan hermosa que podía ser una maravillosa sirvienta para sus héroes y reyes, y entraron al templo y la sacaron por la fuerza.

El anciano sacerdote les rogó en vano, y cuando se llevaron a la joven, le rogó a Apolo que tomara venganza.

A partir de ese día, Apolo, el dios que no erraba nunca su blanco, se transformó en enemigo de los griegos.

Otros infortunios cayeron sobre los griegos a partir de este hecho.

Los reyes disputaban acerca de cual de ellos tendrían a la muchacha como sirvienta, y cuando finalmente fue entregada a un rey, que era el hermano de Menelao, el joven Aquiles, que la quería para él, se disgustó tanto que rehusó combatir a partir de entonces.

Mientras se combatía, Aquiles permanecía sentado en su casa enojado.

Pero ocurrió algo que hizo cambiar su actitud.

Al permanecer Aquiles fuera de combate, Héctor, el hermano mayor de Paris y héroe máximo entre [os troyanos, cayó sobre los griegos como un furioso torrente.

Ni Menelao ni Odiseo pudieron hacerle frente a Héctor, y todos los días caían bajo su espada incontable cantidad de griegos.

Un día Héctor mató a Patroclo, gran guerrero griego que era amigo de Aquiles. Cuando Aquiles se enteró de su muerte, se apoderó de él una ira salvaje. Dejó su guarida y se unió nuevamente a la guerra, con el corazón repleto de deseos de venganza.

Al incorporarse Aquiles nuevamente al combate, Héctor estaba en Troya descansando de muchas horas de combate, pero al saber que Aquiles estaba asesinado troyanos como un león matando ovejas, pidió sus armas y su escudo y se aprestó para la batalla.

Su esposa lloraba amargamente, rogándole no combatir con el terrible Aquiles. que era invulnerable.

Le mostró a su pequeño hijo gritándole:

—¿Debemos dejarlo sin padre?

Y Héctor le contestó:

—¡No tendría honor si me escondiera tras los muros por miedo a Aquiles.

»¿Debería yo, príncipe de Troya, demostrar menos coraje que los soldados comunes, los troyanos, que están combatiendo contra él?»

Entonces Héctor besó a su hijo, abrazó a su mujer y fue al encuentro de Aquiles. ♣

ii:4 el caballo de madera

Aquiles, en su furia por vengar la muerte de su amigo Patroclo, hizo retroceder a los troyanos hasta dentro de los muros de la ciudad, sembrando el camino con los muertos y heridos caídos ante su poderosa furia.

Y cuando Héctor vio que la lanza y la espada de Aquiles estaban manchada con la sangre de sus compañeros, su corazón se llenó de miedo y dio la vuelta para huir.

Pero Aquiles lo había visto y lo siguió como un rayo. Héctor corrió a lo largo de los muros de Troya lo más rápido que pudo, pero Aquiles, llamado el de los pies ligeros, fue más rápido y comenzó a alcanzarlo.

En ese momento, sobre las alturas del Olimpo, Zeus, el Padre de los Dioses de larga visión, tomó una balanza y puso en uno de sus lados un peso con el nombre de Héctor, y en el otro un peso con el nombre de Aquiles.

El lado que tenía el nombre de Héctor descendió, y entonces todos los dioses comprendieron que Héctor estaba perdido.

Héctor, después de haber corrido cuatro veces alrededor de los muros de Troya, se paró y se dio vuelta. Levantó la lanza y se la tiro a Aquiles con

toda su fuerza. Pero Aquiles levantó su escudo y la lanza rebotó y cayó al suelo.

Entonces Aquiles tiró su lanza con tal rapidez y certeza que Héctor no tuvo tiempo de tomar su escudo, y la lanza encontró una brecha entre la pechera y la hombrera de la armadura del troyano.

Héctor cayó al suelo con sangre manando de su herida mortal.

Al inclinarse Aquiles sobre su víctima caída, Héctor pronunció sus últimas palabras:

—*¡No te regocijes, Aquiles, de tu victoria! No pasará mucho tiempo antes de que me sigas a la oscura tierra de los muertos.*

Y el espíritu de Héctor dejó su cuerpo.

Aquiles ordenó a sus soldados que trajeran su carruaje y caballos; ató el cuerpo de Héctor con sogas de los tobillos, sujetó las sogas a la parte trasera de su carruaje y dio una vuelta alrededor de los muros de Troya arrastrando el cadáver por el polvo.

Los troyanos, al ver esto desde lo alto de los muros, lloraban de pena por la caída de Héctor, el mayor y más noble Príncipe de Troya.

¿Recuerdan a Apolo, el dios cuyas flechas no erran nunca su blanco? Los griegos lo habían ofendido cuando raptaron a la hija del sacerdote para hacerla esclava, y desde entonces habían aprendido a temer a la ira de Apolo.

Aunque habían devuelto a la muchacha a su padre, el dios no los había perdonado por haber entrado por la fuerza en su templo sagrado.

Un día, mientras miraba hacia abajo desde las alturas del Monte Olimpo, Apolo vio las furiosas luchas en las afueras de Troya. Vió a Aquiles que llevaba a los troyanos delante suyo, como el viento

de otoño arrastra las hojas, pues nadie podía contra el invulnerable guerrero.

Apolo tomó entonces una decisión. Tomó su arco y flecha, se escondió en una brumosa niebla y descendió al campo de batalla.

Llamó a Aquiles y le dijo:

—*Deja tranquilo a los troyanos. Termina con la matanza, Aquiles.*

»*Si no lo haces, no será un hombre sino un inmortal quien te destruya.*

Aquiles supo que era un dios el que hablaba desde una nube, pero era demasiado soberbio para hacer caso a la amenaza y contestó:

—*¡No hay hombre mortal ni dios inmortal que me haga cesar de combatir!*

Apolo puso entonces una flecha en la cuerda de su arco, apuntó y la mandó al talón de Aquiles, el único lugar donde podía herirlo.

Aquiles sintió un profundo dolor en el tobillo e inmediatamente también en el corazón, y supo que se le aproximaba el fin.

Pero con la fuerza que le quedaba arrancó la flecha de su herida y la utilizó para matar a los troyanos que estaban a su alrededor.

Después cayó al suelo y murió.

Cuando Apolo volvió al Olimpo, Afrodita lo felicitó por lo que había hecho, pero Hera y Palas Atenea estaban enojadas.

Y en la Tierra, ahora que el invulnerable Aquiles y el bravo Héctor estaban muertos, los griegos y los troyanos estaban iguales en fortaleza.

Aún Paris, que había ocasionado la guerra raptando a Helena, fue alcanzado por una flecha y murió por la herida que le produjo.

el profanador de textos

Pero ninguno de los dos bandos resultaba victorioso, y las batallas y el derramamiento de sangre llevaban ya nueve años.

Entonces, en el décimo año de guerra la diosa Palas Atenea inspiró a Odiseo para que le dijera a Menelao y a los otros reyes:

—*Hemos combatido durante muchos años contra los troyanos. Han perdido la vida innumerables hombres valientes y estamos tan lejos de la victoria como al principio.*

»*Seguramente todos ustedes podrán ver que no se puede ganar por la fuerza de las armas solamente.*

»*Debemos usar la picardía.*

»*Debemos engañar a los troyanos si queremos terminar la guerra y retornar a nuestras casas. Escuchen ahora mi plan.*

—*Haremos un enorme caballo de madera pero su cuerpo será hueco, y allí esconderemos muchos guerreros valientes.*

»*Los otros quemarán nuestro asentamiento y se alejarán navegando lo suficientemente lejos como para que muchos de los barcos no puedan ser vistos desde Troya.*

»*Uno de nosotros, sin embargo, ha de quedarse atrás para contarle a los troyanos que hemos abandonado la lucha y que hemos vuelto a Grecia.*

»*Ese soldado debe también persuadir a los troyanos de que entren el gran caballo de madera a la ciudad.*

»*Y durante la noche, cuando los troyanos hayan celebrado el fin de la lucha, y estén durmiendo, nuestros guerreros saldrán del caballo, nuestros barcos regresarán en la*

oscuridad, y juntos destruiremos la ciudad a espada y fuego.

Hubo griegos que dijeron que no era digno de guerreros usar tal artimaña, pero la mayor parte deseaba regresar a sus hogares, y finalmente todos se pusieron de acuerdo.

Los troyanos que vigilaban desde las murallas de su ciudad vieron con asombro que los griegos construían un enorme caballo de madera.

Pero lo que no vieron fue que en la oscuridad de la noche entraron hombres armados en el vientre del caballo por una puerta inteligentemente hecha, de manera tal de que no podía ser descubierta desde el exterior.

Los troyanos vieron luego a los griegos incendiar sus campamentos, subir a los barcos, zarpar y navegar hasta desaparecer en el horizonte.

Los troyanos, sintiéndose victoriosos, salieron de la ciudad. Sentado al lado del gran caballo encontraron a un griego que pedía clemencia.

Les explicó que los griegos se habían cansado de luchar y había hecho el caballo en honor de Palas Atenea para que ella los guiara sanos y salvos a casa.

Los troyanos le preguntaron:

—*¿Por qué no fuiste con ellos?*

Y el soldado les respondió:

—*Porque ellos deseaban hacer un sacrificio humano a los dioses, y yo fui el elegido para ser matado en el altar, pero me escondí hasta que se fueron.*

Los troyanos estaban tan contentos con la novedad de que los griegos se habían ido que le perdonaron la vida.

El griego entonces les dijo:

—*Hicieron el caballo de madera tan grande como para que no pase por las puertas de la muralla de Troya.*

»*Porque si ustedes lo llevaran adentro Palas Atenea les daría su protección, en vez de dársela a los griegos.*

Los troyanos, al oír esto, desearon entrar el caballo de madera a la ciudad.

Derrumbaron una parte de la muralla y comenzaron a entrar al gran caballo a través del boquete hacia adentro de la ciudad. ♣

iii un largo regreso a casa

iii:1 Odiseo, el errante

Los troyanos creyeron que los griegos se habían alejado navegando para reabastecerse, y si era verdad lo que el griego les decía, que el caballo de madera les traería la protección de la Diosa Palas Atenea, entonces querían que estuviera dentro de la ciudad.

Como ya no había enemigos que temer, los troyanos no se preocuparon de tener que derrumbar una parte del muro para poder llevarlo dentro.

Pusieron ruedas en las patas del caballo, ataron sogas a su cuello, y con muchos hombres fuertes tirando, el enorme caballo fue rodando hasta dentro de Troya.

Lo dejaron en una gran plaza mientras que la ciudad entera se entregaba a festejar y celebrar.

Hubo bailes y cantos. Llenaban las copas de vino y las bebían hasta la última gota.

A la media noche los troyanos estaban cansados, y no paso mucho tiempo hasta que todos estuvieron dormidos.

Los griegos abrieron silenciosamente la puerta secreta en el cuerpo del caballo y bajaron una escala de cuerda.

Ye en suelo, sacaron sus espadas y se distribuyeron por la ciudad. Al mismo tiempo, la flota griega volvió en la oscuridad y muchos guerreros entraron

en la ciudad por la abertura que habían hecho en el muro.

Los troyanos, mareados por el vino y con sueño, fueron sorprendidos y asesinados.

Los griegos tiraron antorchas encendidas dentro de las casas y, rápidamente, la ciudad entera estaba en llamas.

Los griegos se abalanzaban como tigres por la ciudad matando a los troyanos sin lástima, salvando a las mujeres y niños que podían luego servir como esclavos.

De los palacios y templos sacaron toda la plata y el oro que pudieron encontrar.

Helena temblaba de miedo en el palacio real.

Esperaba la llegada de Menelao, el esposo a quien olvidó, quien vendría para matarla.

Y cuando Menelao entró con su espada manchada de sangre troyana, ella se arrodilló esperando la muerte.

Pero Afrodita, la Diosa del Amor, estaba parada invisible al lado de ella y la hizo aparecer más bella que nunca. Menelao no pudo resistir a su belleza, la espada se le cayó de las manos, la perdonó y la tomó entre sus brazos.

Era de noche y toda Troya estaba ardiendo.

Los griegos, llevándose el botín y mujeres y niños, dejaron la ciudad destruida y las pilas de troyanos muertos tirados en las calles.

La ciudad entera se consumía bajo las llamas. El fuego y el humo podían verse hasta muy lejos.

Al llegar la mañana, la espléndida ciudad de Troya no era mas que cenizas y escombros.

Los griegos, ahora que habían obtenido la victoria y que Menelao había recuperado a su esposa, subieron a sus barcos deseando volver a sus hogares, que no habían visto durante largos diez años.

Pero su viaje de regreso no fue tan fácil como había sido el viaje de ida hacia Troya.

No pasó mucho tiempo y se desató una gran tormenta que desparramó la flota.

Ahora cada pequeño grupo de barcos tubo que buscar su camino a casa.

Pero ninguno de los griegos tuvo tantas terribles aventuras, o encontraron tantas dificultades y peligros como Odiseo, el sabio rey de Ítaca.

Tenía siete buques bajo su mando.

Durante nueve días los vientos rugieron y olas grandes como montañas zarandearon a los barcos como si fueran cáscaras de nuez.

Cuando por fin el mar se tranquilizó, los navegantes no sabían adonde los había llevado el huracán, y cuando vieron una isla se dirigieron hacia ella, felices de poder echar el ancla después de todo lo sucedido.

Los navegantes, golpeados por el mar, pisaron contentos la tierra sobre los prados verdes, y Odiseo eligió a doce hombres para que lo acompañaran a explorar la isla ordenándole a los demás que esperarían hasta su regreso.

Los exploradores llegaron pronto a una enorme cueva al costado en una montaña, y cuando ingresaron en ella vieron que las paredes estaban tapizadas con pieles de ovejas.

Vieron también baldes de leche y grandes trozos de queso, y Odiseo y sus amigos se sentaron y comieron esperando que regresara el dueño de casa.

Finalmente regresó, pero los griegos se dieron un gran susto cuando vieron que era un cíclope. En realidad, como lo descubrirían luego, toda la isla estaba habitada por esta clase de criaturas.

Pero: ¿qué es un cíclope?

Odiseo y sus compañeros vieron un gigante con piernas tan gordas como troncos de viejos robles, y manos que podrían jugar a la pelota con grandes trozos de granito.

Pero lo que más los aterrizó fue que en lugar de tener dos ojos como ellos, el gigante tenía uno solo en medio de la frente.

Cuando entró en la cueva, Odiseo y sus compañeros corrieron hacia un rincón lejano y oscuro para esconderse.

Pero se asustaron aún más cuando vieron que el gigante cerraba la entrada de la cueva con una enorme roca que ni siquiera cincuenta hombres hubieran podido moverla.

El cíclope se sentó, miró alrededor y vio a los hombres acurrucados en un rincón y rugió:

—¿Quiénes son ustedes?

Odiseo contestó:

—Somos navegantes *náufragos*.

»Rogamos su hospitalidad, en nombre de Zeus, que impuso la ley de que se le dé hospitalidad a los extranjeros.

El gigante dijo riéndose:

—Hospitalidad... hospitalidad... por cierto...

Extendió sus enormes manos, tomó a dos de los hombres y los tiró al suelo con tanta fuerza que murieron al instante.

Odiseo y los demás compañeros vieron con horror que el gigante tiró los cuerpos a una gran olla, los cocinó y los comió.

Después se acostó, cerró su único gran ojo y se durmió. ♣

iii:2 Nadie y los cíclopes

El gigante de un solo ojo, el cíclope, estaba dormido. Odiseo podía haber hundido su espada en el cuerpo del monstruo, pero él y sus compañeros no podrían haber movido la enorme piedra de la entrada de la cueva.

Su única esperanza era salir cuando la cueva estuviera abierta.

Por la mañana, el gigante despertó, y agarró otros dos hombres y se los comió como desayuno. Luego rodó la roca para abrir y dejar salir a las ovejas para que pastaran en los campos.

Después, el cíclope volvió la roca a su lugar, dejando a los griegos apresados nuevamente.

Pero durante el día Odiseo, astuto como era, pensó una forma de tratar con el cíclope.

Cuando el gigante volvió por la noche, abrió la cueva para dejar entrar a sus ovejas y volvió a poner la pesada roca en su lugar.

Otra vez mató a dos hombres para su aborrecible cena.

Cuando había terminado de comer, Odiseo se le acercó con un regalo. Había llevado un bota de cuero de cabra llena de vino cuando salió a explorar la isla, y se lo ofreció al cíclope.

el profanador de textos

Por supuesto, el cíclope nunca decía “Gracias,” pero después de tomar algo de vino se puso lo suficientemente amable como para preguntar:

—¿Cual es tu nombre?

Y el pícaro Odiseo le contestó:

—Me llamo Nadie.

—Bien, —dijo el cíclope—. Como recompensa por este regalo del vino, mi querido Nadie, serás el último que me voy comer.

Habiendo comido y bebido ese vino fuerte, el cíclope pronto se puso somnoliento y se durmió, y tan pronto como comenzó a roncar, Odiseo y sus hombres entraron en acción.

En el fondo de la cueva encontraron un enorme palo que pertenecía al cíclope. Lo tomaron como arma, afilaron su punta y la pusieron en el fuego del gigante hasta que estaba al rojo vivo.

Juntos llevaron el palo hasta la cabeza del gigante, y con un gran esfuerzo se lo enterraron con la punta ardiente en el ojo que tenía en medio de la frente.

El cíclope despertó gritando y aullando, y trató de agarrar a sus enemigos, pero estaba ciego.

Odiseo y sus compañeros saltaban de un lado al otro escapando de sus garras.

Pero el cíclope hizo tanto ruido que los otros gigantes lo escucharon y corrieron a la cueva, que estaba todavía bloqueada por la roca.

Ellos no podían ver lo que pasaba adentro. Le gritaron:

—¿Qué pasa ahí adentro? ¿Por qué gritas?

Y el cíclope desde el interior de la cueva les contestó:

—¡Porque Nadie me lastimó!

Cuando los otros cíclopes escucharon esto pensaron:

—Debe de estar loco; nadie le hizo nada.

Y se fueron.

Cuando el cíclope, dentro de la cueva, se dio cuenta de que no podía agarrar a ninguno de sus enemigos, probó otra cosa.

Rodó la roca de la entrada de la cueva y se sentó al lado de la abertura esperando que ellos trataran de escapar.

Pero Odiseo tenía otro plan.

A la mañana, cuando las ovejas quedaban sueltas, Odiseo ató a tres machos juntos, de manera de que sólo podían andar unos al lado de los otros, y entonces un hombre se escondió bajo la panza del macho del medio agarrándose de la lana del animal y salió afuera.

El cíclope que cuidaba la entrada, tocaba los lomos de los animales cuando pasaban, pero en ningún momento puso la mano debajo de ellos.

Así, llevados debajo de los cuerpos de las ovejas, los griegos pudieron escapar de la cueva sin que el cíclope ciego se diera cuenta.

Una vez que todos estuvieron seguros afuera celebraron su libertad y corrieron para encontrarse con sus amigos en la costa.

Sin perder tiempo, subieron a los barcos, pero el cíclope ciego los había escuchado y corría detrás.

Sólo podía moverse lentamente, y los barcos ya habían zarpado cuando llegó a la costa.

Con rabia, les tiraba piedras, pero los griegos se reían de él y seguían navegando.

La próxima isla que encontraron era donde vivía Eolo, el Dios del Viento. Era amigable con los navegantes, y le dio a Odiseo una bolsa con todos los vientos, y les dijo:

—Mantengan esta bolsa bien cerrada. Si necesitan a alguno de los vientos para hinchar las velas, abran la bolsa sólo un poquito.

Pero cuando los barcos estaban otra vez navegando en alta mar y Odiseo estaba durmiendo, los navegantes se interesaron en saber qué tesoro había escondido en la bolsa.

La abrieron completamente, y salieron todos los vientos. Se produjo una furiosa tempestad, y con la terrible marejada, sólo el barco de Odiseo quedó a flote.

Todas las demás naves se hundieron, y los navegantes se ahogaron.

El barco que sobrevivió, con Odiseo y su tripulación a bordo, navegó hasta que llegó a otra isla, y desembarcaron porque se estaban quedando sin comida ni agua.

Vieron humo a la distancia, que salía de un edificio.

Odiseo decidió mandar a algunos de sus hombres para explorar la isla, bajo el mando de uno de ellos llamado Euríloco. El grupo descubrió que el edificio era un hermoso palacio, y para su asombro vieron que los jardines que rodeaban al palacio estaban llenos de animales salvajes, leones, tigres lobos, que eran mansos como perros moviendo sus colas de manera suave y amistosa.

Al ver que los leones se comportaban como perros Euríloco pensó que había algo raro, y les dijo a sus hombres que investigaran quien vivía en el palacio.

Euríloco se quedó espiando por una ventana lo que sucedía.

El palacio era la residencia de una hechicera muy bella, una reina que tenía grandes poderes mágicos. Su nombre era Circe.

Cuando los navegantes entraron, la bella reina Circe y sus damas los recibieron amablemente.

Pusieron delante de ellos fuentes con riquísimas comidas, y Euríloco empezó a arrepentirse de no haber entrado con el grupo.

Pero había sustancias extrañas en la comida y bebida que les dieron a los navegantes. Cuando comían o bebían lo que les daba, Circe ganaba el poder de transformarlos en el animal que a ella quería.

Y en cuanto los navegantes habían comido, la reina Circe movió su varita mágica y los transformó en cerdos que chillaban. Circe y sus acompañantes se rieron y los mandaron al chiquero.

Euríloco estaba horrorizado, y se dio cuenta de que los leones y tigres habían sido también seres humanos, y salió corriendo para contarle a Odiseo lo que había pasado. ♣

iii:3 Circe, la hechicera

Cuando Euríloco, el jefe de la partida, vio que Circe los había transformado en cerdos, llegó hasta Odiseo, y estaba tan asustado que apenas podía hablar.

Cuando, por fin pudo contar su historia, Odiseo tomó su espada y se fue solo para rescatar a sus hombres y castigar a Circe.

Apenas había recorrido una corta distancia, cuando una figura luminosa con alas en las sandalias apareció delante suyo. Era Hermes, el mensajero de los dioses, y le dijo a Odiseo:

—Solo no estarás capacitado para ayudar a tus compañeros. Circe tiene grandes poderes y te puede transformar a tí también en una bestia.

»Me han mandado para ayudarte.

»Toma esta planta que he traído para ti, que te protegerá contra su magia.

Era una pequeña planta con una flor blanca.

Hermes desapareció y Odiseo siguió caminando hacia el palacio.

La reina Circe lo recibió amablemente, como antes lo había hecho con sus compañeros. Ofreció a Odiseo una copa de vino dulce transparente, y apenas él vació la copa, Circe levantó su vara y dijo:

—¡Ponte en cuatro patas, cerdo!

Pero para su asombro y terror, Odiseo no se transformó en un cerdo. Siguió siendo un hombre, y un hombre muy enojado.

Cuando Odiseo sacó su espada, Circe se puso de rodillas y sollozando dijo:

—Debes ser Odiseo, porque se me ha profetizado que sólo Odiseo, entre todos los hombres, resistirá a mis poderes mágicos.

»¡Ten piedad. gran héroe, y perdona mi vida!

Odiseo dijo:

—Morirás en este momento si no prometes en sagrado juramento que no me dañarás, y que transformas a mis amigos y a las otras pobres criaturas en tu poder nuevamente en seres humanos.

Circe juró hacer lo que Odiseo le había pedido.

Trajeron a los pobres cerdos, a los leones, tigres y otros animales, y Circe mágicamente los transformó nuevamente en seres humanos.

Todos los hombres, tanto los de Odiseo como los otros, se lo agradecieron calurosamente.

Pero Circe hizo más que esto. Para compensar el sufrimiento que les había causado, invitó a Odiseo y a sus hombres a permanecer como sus huéspedes todo el tiempo que quisieran.

Los navegantes que esperaban en la costa fueron llamados al palacio y gozaron de la mayor comodidad, después de todas las penurias que habían pasado en alta mar.

La vida en la isla era tan agradable que pasó un año entero antes de que recordaran a sus familiares y hogares y se decidieran a navegar.

Circe le dijo entonces a Odiseo:

—No debo tratar de retenerte, pero si quieres llegar a tu casa seguro, debes antes buscar el consejo de los muertos.

—¿El consejo de los muertos? —preguntó Odiseo, asombrado—.

—Sí, —dijo Circe. Hay muchos peligros más adelante, pero las almas de los muertos los conocen y pueden aconsejarte cómo protegerte.

Luego agregó:

—Después de muchos días de navegación llegarás a una isla donde crecen altos álamos, y en ella encontrarás un gran precipicio en la tierra, que es la entrada al mundo inferior, el país de los muertos.

»Allí debes hacer un sacrificio de miel, harina, leche y vino, y si rezas, las almas de los muertos vendrán.

»Pero debes esperar a uno determinado, un sacerdote sabio que has visto la última vez con vida ante los muros de Troya.

»Su nombre es Tiresias. Su alma te contará lo que te espera.

Odiseo siguió el consejo de la sabia reina. Se despidieron de Circe, que les había resultado una fiel amiga, y se echaron al mar.

Un fuerte viento del norte llevó el barco a la isla de los álamos, y pronto encontraron la gran abertura de entrada al mundo inferior.

Cuando Odiseo hizo su ofrenda aparecieron muchas almas de los muertos. Eran como sombras. Algunas eran desconocidas, y a otras las reconoció.

Apareció el alma del gran héroe de la guerra de Troya, Aquiles, y Odiseo exclamó:

—Aquiles, querido compañero: ¿Eres debidamente honrado por tus grandes acciones en el país de los muertos?

Y Aquiles le contestó:

—Sí, se me tributan grandes honores, pero preferiría ser el esclavo más pobre entre los vivos que un gran señor y rey entre los muertos.

Diciendo esto, se fue.

Aparecieron muchas otras almas, griegas y troyanas, que habían luchado en la larga guerra, y héroes que habían vivido y muerto mucho antes de que Odiseo hubiera nacido.

Y apareció el alma del sacerdote Tiresias y le dijo:

—Odiseo, tu viaje te llevará a la isla donde pastan las vacas del dios Sol.

»No las toques o perderás a tus barcos y a tus amigos.

»Aunque escapes, pasarán muchos años antes de que llegues a Ítaca, tu casa.

»Tendrás que vencer todavía a muchos enemigos y peligros, antes de que los dioses te den paz y comodidad.

Habiendo escuchado la advertencia del sacerdote, Odiseo y sus hombres se alejaron de la extraña isla donde crecen los álamos. ♣

iii:4 el canto de las sirenas

¿Recuerdan ustedes el cuento de los cinco hijos de Pandu? Iudistira, sus cuatro hermanos y la reina Draupadi no esperaron que les llegara la muerte, y emprendieron un largo viaje a la cima de los Himalayas para encontrar la puerta del cielo.

Quisieron dejar la tierra y vivir en el reino del cielo. Eso era deseable para la gente de la India.

Pero para los griegos las cosas eran muy diferentes.

Estaban tan confortables en la Tierra que preferían la pobreza y el sufrimiento en el mundo de los vivos a los honores en el mundo de los muertos.

Por eso el alma de Aquiles le había dicho a Odiseo:

—Mejor un pordiosero o un esclavo en la Tierra que un rey en el país de los muertos.

Para los antiguos indios, la entrada al país de los muertos estaba arriba muy alto en las montañas.

Para los griegos, que vivieron mucho más tarde, el país de los muertos estaba un lugar subterráneo y la entrada era un agujero en la tierra.

Esto nos hace ver cómo el alma humana cambia con el tiempo.

el profanador de textos

Pronto, después de dejar la entrada al mundo inferior, Odiseo navegó hacia una isla donde vivían las extrañas criaturas llamadas sirenas, con cuerpo de pájaro y rostro o torso de mujer, que cantaban tan dulcemente que los marinos se arriesgaban entre las peligrosas rocas que rodeaban la isla para escucharlas mejor.

Muchos barcos se perdieron cuando las tripulaciones trataban de seguir esas voces que los encantaban y muchos náufragos que eran devorados por las sirenas, dejando muchos huesos en la playa.

Odiseo había sido advertido por Circe que ni él ni sus hombres estarían seguros si escuchaban esos cantos mágicos.

Pero Odiseo estaba muy curioso por escuchar cantar a las sirenas, y entonces le puso cera en los oídos a todos los marineros, excepto en las suyas, e hizo a los marineros lo ataran al palo mayor del barco.

Así, con Odiseo atado y los marineros sordos, navegaron muy cerca de la isla. Había poco viento, y los navegantes remaban con fuerza sin escuchar nada de los cantos.

Sólo Odiseo los escuchó. Y eran tan hermosos que quiso liberarse tratando de cortar sus ligaduras para nadar a tierra.

Pero los nudos eran fuertes, las sogas no se aflojaron, y los marineros con los oídos tapados no escucharon sus gritos para que las cortaran.

Recién cuando la isla de las sirenas desapareció en el horizonte, soltaron a Odiseo y se sacaron la cera de los oídos.

Pronto llegaron a un lugar todavía mas peligroso. El barco tenía que pasar entre dos terribles monstruos.

Uno se llamaba Caribdis, era enorme y vivía bajo el agua. Cuando el barco se acercaba, Caribdis absorbía el agua y hacía un terrible remolino, que atraía todo lo que estaba en la superficie hacia el fondo del mar.

La única manera de evitarlo era navegar muy cerca de una gran roca, pero en una cueva de la roca amenazaba otro monstruo llamado Escila, que tenía seis cabezas, cuellos largos como víboras y doce terribles garras.

Y cada una de sus bocas trataría de agarrar a cualquier navegante que pasara cerca.

Cuando el barco de Odiseo llegó al remolino, los navegantes estaban tan aterrorizados que dejaron de remar.

Odiseo gritó:

—¡Remen, amigos! ¡Remen hacia el otro lado o nos tragará.

Entonces los remeros se esforzaron, movieron los remos, y el barco escapó del remolino.

Pero llegaron demasiado cerca de la roca donde esperaba Escila.

De repente, seis cabezas con mandíbulas enormes, parecidas a las de los cocodrilos, atraparon a seis marineros y los arrancaron del barco.

Nadie podía luchar contra Escila, y los marinos remaron furiosamente para alejarse de la roca.

Y pudieron escapar, pero Odiseo había perdido seis de sus compañeros.

Después de tanto esfuerzo y sufrimiento llegaron a una isla agradable, muy verde. ¡Que contentos estaban de poder fondear el barco y descansar después de tan terribles aventuras!

Pero cuando Odiseo vio la gran cantidad de vacas blancas como la nieve, se dio cuenta que eran las manadas del Dios Sol.

Odiseo se acordó de las advertencias de Tiresias y les ordenó a sus marineros que no tocaran ningún animal. Si querían comer, que pescaran.

Pero mientras Odiseo dormía se dijeron:

—Hemos vivido de pescado demasiado tiempo, y es hora de que comamos un poco de verdadera carne.

Sin pensarlo mucho, mataron algunas vacas, cocinaron la carne y empezaron a comer.

Cuando Odiseo despertó y vió lo que había sucedido, se enojó muchísimo con los marineros.

Rechazo tomar parte en la comida que se le ofrecía, permaneciendo hambriento. Los navegantes no hicieron caso y siguieron comiendo.

El dios Sol veía lo que sucedía y se quejó a Zeus. El Padre de los Dioses juró castigar a los marineros.

Una vez que Odiseo y sus hombres hubieron descansado, volvieron a navegar. No había transcurrido mucho tiempo cuando nubes negras cubrieron el cielo, empezaron a sonar los truenos, y se desencadenó una tempestad sobre el mar.

Una enorme ola destruyó el barco.

Odiseo apenas pudo asirse de un madero, pero sus compañeros no tuvieron esa suerte y todos se ahogaron.

Después de muchas horas, la tormenta se apaciguó, y Odiseo flotaba sobre el madero sin saber a donde ir, hasta que las olas lo tiraron sobre la costa de otra isla.

Exhausto como estaba, se acostó bajo un arbusto y se quedó dormido.

El único amigo que Odiseo tenía entre los dioses era Palas Atenea, la Diosa de la Sabiduría.

Esa noche, la diosa se le apareció en un sueño a la hija del rey de la isla, y le dijo:

—*Tu no eres una chica perezosa, pero tu ropero está lleno de ropa sin lavar.*

»*Si mañana viniera un príncipe para cortejarte, ni tú ni tus doncellas tendrían ropa limpia y blanca.*

El nombre de la princesa era Nausicaa, y cuando despertó llamó a sus doncellas y juntas sacaron todas las túnicas y vestidos y las llevaron al río, donde las lavaron hasta dejarlas blancas y relucientes.

Las pusieron al sol, y mientras esperaban que se sequen jugaron a la pelota.

La princesa Nausicaa tiró la pelota demasiado lejos, y al caer en el río gritaron:

—*¡Oh, hemos perdido la pelota!*

Estos gritos despertaron a Odiseo. El héroe entonces se dio cuenta que el mar había destruido sus ropas haciéndolas pedazos. Cortó una rama de un árbol, con muchas hojas para cubrirse y salió de su escondite.

Cuando las chicas vieron a un hombre con sus cabellos y barbas llenos de algas y cubierto solo con una rama de árbol escaparon corriendo, pero Nausicaa se quedó y Odiseo le contó su historia.

Ella lo invitó al palacio de su padre el rey Alcínoo, donde se pudo bañarse, vestirse con ropas blancas, y alimentarse con deliciosas comidas y bebidas.

Nausicaa y sus padres demostraron gran bondad a Odiseo por. Pero sus dificultades no habían terminado. ♣

iii:5 retorno a Ítaca

Odiseo saboreó grandemente su estada en la isla en la cual Nausicaa y sus padres lo habían recibido tan hospitalariamente.

Pero deseaba regresar para ver a su mujer Penélope y a su hijo Télémaco, que para entonces ya sería un apuesto joven.

Un día, el buen rey dijo:

—*Uno de mis barcos te llevará a Ítaca, tu hogar.*

Y así Odiseo llegó, por fin, a la isla que había dejado hacía veinte años.

Estaba dormido cuando el barco atracó en Ítaca, y entonces los marineros lo llevaron a tierra, pusieron a su lado algunos regalos y zarparon de vuelta.

Cuando Odiseo despertó una niebla cubría la isla, y estaba confundido e incierto de si había llegado realmente a casa.

En medio de la niebla vio a una mujer alta y bella que llevaba una lanza. Cuando vio su escudo y yelmo se dio cuenta que era la diosa Palas Atenea.

Preguntó en voz alta:

—*¡Gran Diosa! ¿Es esto Ítaca?*

Palas Atenea sonrió y agitó su lanza. La niebla se despejó y Odiseo pudo ver por sí mismo que, efectivamente, estaba en Ítaca.

Besó la tierra feliz por haber terminado el viaje, pero la diosa le habló diciéndole:

—*He venido a prevenirte, Odiseo. Después que terminó la guerra con Troya y que tú no regresaste, muchos grandes y poderosos hombres pensaron que te habías ahogado en una tormenta.*

»*Y como tu mujer Penélope es bella e Ítaca es una isla muy rica, vinieron a casarse con ella.*

»*Pero Penélope los rechazó uno por uno. Te esperó fielmente. ¡Y todavía tiene esperanzas de que regreses vivo!*

Palas Atenea continuó:

—*Pero estos pretendientes no deseados no se fueron. Se quedaron, y hasta el día de hoy viven en tu palacio.*

»*Mandan a tus sirvientes, comen tu comida, y la pobre Penélope no puede hacer nada para que se vayan.*

»*Hay mas de cien, y si supieran que estás aquí te matarían. Sólo puedes enfrentar a esta multitud insolente con picardía.*

»*¡Yo te ayudaré! Te haré aparecer como un viejo pordiosero, de manera de que nadie te reconozca.*

Al tocarlo, la piel de Odiseo se arrugó, su cabello y barba se pusieron blancos y su ropa quedó hecha trizas.

Palas Atenea dijo:

el profanador de textos

—Muchos de tus sirvientes están ahora del lado de los pretendientes insolentes, pero hay un viejo pastor de cerdos que te permanece fiel.

»Ve y pídele comida y albergue, pero no le digas quien eres.

»Solo una persona debe saberlo: tu hijo Telémaco, pero nadie mas, ni siquiera la propia Penélope.

Odiseo obedeció a la diosa, y disfrazado como un viejo pordiosero fue a ver al pastor de cerdos, que bondadosamente le dio comida y le permitió quedarse.

Más tarde, Telémaco fue a visitar al pastor.

Odiseo siguió actuando como un pordiosero, pero cuando Telémaco se iba, caminó unos pasos con él y siguiendo, otra vez, el consejo dado por Palas Atenea le reveló a su hijo su verdadera identidad.

Cuando Telémaco vió a ese hombre alto y fuerte, supo en su corazón que era realmente su padre, y se regocijó por ello. Pero Odiseo le dijo que nadie debería saber sobre su regreso.

Telémaco volvió al palacio y Odiseo a la casa del pastor de cerdos en su papel de pordiosero.

Al día siguiente, Odiseo y el pastor fueron al palacio, y en la puerta estaba recostado al sol un viejo perro llamado Argos.

Odiseo había ido muchas veces de caza con Argos antes de salir para la guerra de Troya. Ahora que el perro estaba viejo, nadie lo cuidaba, y el pobre animal tenía que dormir afuera y comer basura que encontraba en la calle.

Al acercarse Odiseo, el viejo perro abrió los ojos. Estaba demasiado débil para sentarse, pero movió la cola.

Los ojos de Odiseo se llenaron de lágrimas al ver al perro, pero tenía que disimular no conocerlo.

Le acarició la cabeza, el perro le lamió la mano y después el fiel animal puso la cabeza entre sus patas delanteras y murió.

Odiseo entró en el palacio.

Los pretendientes —que eran más de cien— estaban haciendo un banquete. Comían platos delicados hechos con los alimentos cultivados en las granjas de Odiseo, y bebían el exquisito vino tinto de sus bodegas.

Con calma, el rey disfrazado de pordiosero cruzó la sala pidiendo una corteza de pan para llevarla en la pequeña bolsa que tenía.

Algunos pretendientes le dieron una migaja, otros sólo lo insultaron y le dijeron que se vaya, y algunos otros le dieron un puntapié.

Pero Odiseo en ningún momento demostró la furia que tenía en su corazón.

Penélope se quedaba en sus habitaciones. Odiaba la sola visión de sus pretendientes divirtiéndose a expensas de su esposo.

Cuando se enteró de que había un extraño mendigo en la sala de banquetes hizo que lo buscaran, y así Odiseo volvió a ver a su esposa pero por supuesto, ella no lo reconoció.

La reina le preguntó, dado que él iba de lugar en lugar, si había escuchado novedades de su esposo.

El mendigo contestó:

—Sí, he escuchado sobre él, pienso que está en camino a su hogar, y no puede estar muy lejos.

Penélope se puso muy contenta, y ordenó a sus sirvientes que pusieran cómodo al viejo mendigo.

Esa noche, Palas Atenea se le presentó a Penélope en sueños y le dijo que informara a los pretendientes

que se disputaría una competencia entre ellos y que ella se casaría con el que ganara.

Al día siguiente, los pretendientes estaban nuevamente de festejos y el mendigo iba de mesa en mesa, cuando Penélope entró en la sala.

Llevaba un arco enorme y una aljaba con flechas.

Telémaco la siguió y colocó doce cabezas de hacha, de manera tal de que los agujeros para los mangos estuvieran alineados.

Penélope entonces dijo:

—Mi esposo Odiseo tenía la habilidad con su arco de hacer pasar una flecha a través de los doce agujeros de las hachas.

»Si alguno de ustedes puede cumplir con este requisito, me casaré con él.

Y diciendo esto, abandonó la sala de banquetes y volvió a sus habitaciones.

Los pretendientes, uno tras otro, tomaban el arco de Odiseo y tiraba con todas sus fuerzas de la cuerda, pero ninguno pudo ni siquiera doblar el arco para ponerle la cuerda.

Finalmente, el viejo mendigo dijo:

—Vaya a saber si queda alguna fuerza en mis viejos músculos.

Los pretendientes gritaron:

—¿Estás loco? ¿Un maldito mendigo usando el arco del rey?

Entonces Telémaco alzó su voz:

—Sólo yo puedo decidir quien puede o quien no puede probar el arco de mi padre.

»¡Dénselo al mendigo!

El mendigo tomó el arco y lo dobló sin esfuerzo para ponerle la flecha. Tiró suavemente de ella para probarla, y vibró con un sonido alto y claro.

Los pretendientes se pusieron pálidos cuando lo escucharon.

El mendigo puso una flecha en el arco, tiró la cuerda hacia atrás, y la flecha atravesó los doce agujeros.

En ese momento desapareció su disfraz.

Ya no estaba parado allí un viejo encorvado y lleno de arrugas, sino Odiseo, un rey alto, de hombros muy anchos.

Los pretendientes fueron ahora sus blancos, y sus flechas nunca fallaban. Uno tras otro cayeron. Algunos sacaron sus dagas, pero eran tumbados antes de que alcanzaran a Odiseo.

Otros trataban de esconderse debajo de las mesas o corrían hacia afuera, pero Telémaco y el fiel pastor de cerdos estaban armados con lanzas frente a la puerta, impidiéndoles salir.

Y de esta manera Odiseo les hizo pagar los sufrimientos y las lágrimas que habían ocasionado a Penélope durante los largos años de ausencia.

Penélope, llena de miedo y temblando, había escuchado el ruido de la lucha.

Pero cuando todo había pasado, escuchó el firme paso que conocía, y que había esperado tantos años.

Odiseo entró, ya no como un viejo mendigo ni como un guerrero volteando enemigos, sino como un hombre que había pasado por grandes dificultades.

Ahora, por fin, podía vivir en paz y felicidad con su fiel esposa y con su querido hijo.

iv

los argonautas

iv:1 Jason, heredero del trono

El reino de Yolco, en Grecia, estaba regido por el rey Esón, al cual le nació un bebé varón al que llamaron Jason.

En el futuro, este niño sería uno de los mas grandes héroes de Grecia, pero cuando todavía era un bebe, Jason casi pierde la vida, lo que ocurrió de esta manera.

El padre de Jason, el rey, tenía un hermano menor llamado Pelias, que estaba celoso porque quería ser rey él mismo.

Reunió en secreto a un grupo de hombres armados, y un día vino atacó al palacio.

El rey Esón fue muerto, y Pelias también iba a matar a Jason, pero su madre escapó con él en brazos; huyó del país y Pelias se hizo rey.

La madre de Jason tenía miedo de entrar en cualquier ciudad o pueblo temiendo que los hombres de Pelias la encontraran y mataran a su hijo.

Por eso, la pobre mujer anduvo por lugares salvajes del país, donde nadie vivía.

Estaba exhausta y sin fuerzas por el hambre y la sed cuando fue encontrada por unas extrañas criaturas llamadas centauros, que son mitad hombres y mitad caballos.

el profanador de textos

Llevaron a la madre y a su hijo ante la presencia de su rey y jefe Quirón.

Quirón fue bueno con ellos, y cuando poco tiempo después murió la madre, se hizo cargo de Jason y lo crió como si fuera su propio hijo.

Jason creció hasta ser un joven fuerte y hermoso, y cuando tenía veinte años, Quirón le contó lo que había sucedido: Cómo su tío Pelias se había hecho rey por sí mismo sin merecerlo.

Jason decidió reconquistar el reino que le pertenecía por derecho.

El pueblo de Yolco no quería a Pelias, y estaba esperanzado en que volviera el verdadero heredero.

Había además una profecía, que también el malo Pelias había escuchado. Decía que un buen día un hombre que usaba una sola sandalia saldría de entre los matorrales y exigiría el trono.

Jason se fue del país de los centauros y en su viaje llegó a un río desbordado por la abundante lluvia.

En la orilla estaba parada una mujer anciana que quería cruzar. Jason era un joven amable y le ofreció llevarla hasta el otro lado; le ayudó a subir a sus anchos hombros y penetró en el río.

La mujer parecía muy menuda y delgada, y Jason pensó que sería fácil llevarla, pero una vez que entró en el agua parecía que se iba haciendo mucho más pesada. Al final era tan pesada que necesitaba toda su fuerza para acarrearla.

Con tan pesada carga sus pies se hundieron en el barroso lecho del río tan profundamente que una de sus sandalias se le atascó y tuvo que sacar el pie para poder seguir.

Con un pie descalzo, llegó a la otra orilla y bajó a la anciana mujer.

Pero al mirarla de nuevo, vio que no era una débil mujer vieja. Delante suyo estaba Hera, la reina de

los dioses y esposa de Zeus en toda su majestuosidad. Hera dijo:

—Como ayudaste a una anciana necesitada, así te ayudaré a ti cuando sea necesario.

Poco después, Jason llegó a la ciudad donde gobernaba el rey Pelias, y cuando la gente vio a este joven alto, que venía de las espesuras con una sola sandalia se juntaron a su alrededor y lo ovacionaron.

Jason fue caminando directamente al palacio, y nadie se animó a detenerlo.

Llegó por fin frente al rey Pelias quien, en cuanto lo vio con una sola sandalia, recordó con angustia la profecía.

Jason le contó abiertamente como había sido salvado y criado por los centauros, y le dijo:

—No he venido para derramar más sangre entre nosotros; sólo he venido para que me devuelvas lo que es mío por derecho: la corona y el gobierno del país.

»Estoy dispuesto, una vez que sea el verdadero rey, a darte un pedazo grande de tierra donde puedas gobernar en paz.

A Pelias no le gustó lo que escuchaba, pero no se animó a rechazar esta justa propuesta, y pensó una forma de deshacerse de Jason. Le dijo:

—Estoy dispuesto a entregarte la corona.

»Pero unas noches atrás tuve un sueño, en el cual Zeus hablaba diciendo:

»Sólo el hombre que pueda traer de vuelta el Vellochino de Oro será digno de ser rey de Yolco.

»Cuando desperté, pensé ir a buscar yo el Vellochino de Oro.

»Pero como tu serás el rey, ¡éste será tu trabajo!

Jason le contestó:

—¡Así será! Yo iré a buscar el Vellochino de Oro.

Pronto escucharán ustedes lo que es el Vellochino de Oro, y por qué Pelias pensaba que Jason nunca regresaría de semejante aventura. ♣

iv:2 el vellocino de oro

Antes de que sigamos con las aventuras de Jason, van a escuchar la historia del Vellocino de Oro.

Mucho, muchísimo tiempo antes de naciera Jason había un rey en la ciudad de Orcómeno que se casó con la diosa nube Néfele, con quien tuvo dos hijos, Hele y Frixo.

Más tarde, cuando su esposa había muerto, el rey se casó con Ino.

La madrastra odiaba a los niños y les dio una vida miserable. Los niños iban muchas veces a sentarse juntos en la colina, y se consolaban mutuamente.

Muchas veces pensaron en escaparse, pero sabían que no llegarían muy lejos antes de que los encontraran y los trajeran de regreso, y entonces su madrastra haría las cosas todavía más difíciles para ellos.

Cada vez que iban a caminar a las colinas les pedían a los dioses que les ayudaran a escapar.

Un día se sentían más deprimidos que nunca y les caían amargas lágrimas mientras rezaban. De repente vieron que algo se movía en la pendiente, algo grande que brillaba como el oro.

Se acercaron para mirar y vieron un enorme carnero, que tenía poderosos cuernos y su piel era de oro puro.

El animal no escapó, sino que se quedó quieto como esperando.

Frixo le dijo a su hermana:

—*Mira, es bastante grande para llevarnos a nosotros dos. Ven y subamos a su lomo.*

Subieron, y anduvieron sobre el carnero como si fuera un caballo pequeño. Parecía que al animal no le importaba y seguía caminando con Frixo y Hele en el lomo.

Pero cuando el carnero de oro llegó a la parte alta de la colina, pasó algo inesperado. Se elevó por el aire y voló llevando a los dos niños lejos de la ciudad y de su mala madrastra.

Frixo y Hele realmente se alegraron de haber escapado.

Después de un tiempo, volaron sobre un angosto brazo de mar que separaba dos costas. Soplaban un terrible viento sobre el estrecho, y Frixo gritó:

—*¡Agárrate bien de mi!*

Pero Hele no era bastante fuerte y cayó al mar y se ahogó. Desde entonces, este estrecho se llama Helesponto. Atraviesa Turquía y separa Europa de Asia. Hoy en día se lo conoce como estrecho de los Dardanelos.

Después de mucho volar, el carnero bajó en el país de la Cólquida. El rey recibió a Frixo con gran bondad y le permitió quedarse con él.

Frixo decidió sacrificar el carnero a los dioses que lo habían enviado cuando los niños rezaban en la colina. Cuando el carnero ya había sido matado en el altar de los dioses, Frixo tomó la piel con toda su lana de oro y se la dio a su amigo el rey de la Cólquida.

El rey estaba muy agradecido por el regalo; ningún otro rey poseía algo como esto, y lo colgó en un árbol del bosque consagrado a Ares.

Ares —o Marte, como lo llamaban los romanos— era el dios de la guerra, y sólo hombres que habían probado su coraje podían entrar en el bosque.

Para asegurarse de que nadie robara el Vellocino de Oro, la reina de la Cólquida, que tenía poderes mágicos, puso como guardián a un gran dragón.

Todo esto había sucedido mucho antes de que naciera Jasón. Con el tiempo, la gente se enteró de lo que había pasado.

Los reyes de Yolco siempre quisieron el Vellocino de Oro. Pero nadie había sido tan valiente como para ir a buscarlo y luchar contra el dragón que lo cuidaba.

Ahora, el rey Pelias le dijo a Jason que lo buscara, y Jason, que no tenía miedo, consintió.

Tan pronto como Jason anunció que saldría hacia la Cólquida para traer el Vellocino, muchos hombres valientes se ofrecieron voluntariamente para acompañarlo.

Jason se alegró con su compañía, y se congregó una gran muchedumbre, incluso los primos de Jason, que querían ayudarlo a obtener la corona.

También el hijo de Pelias decidió ir porque quería compartir la fama que le llegaría a cada uno de los que tomara parte en semejante aventura.

Muchos héroes de toda Grecia se congregaron para acompañar a Jason.

También se unieron al grupo Orfeo —un músico que tocaba la lira tan maravillosamente que los leones y los tigres se acostaban para escucharlo— y Heracles —el más fuerte de todos ellos—.

Para el viaje se construyó un gran barco al que llamaron Argo, y a los tripulantes los llamaron argonautas.

En griego, 'nauta' significa marinero.

Y así comenzó el viaje. ♣

iv:3 el viaje del Argo

El buen barco Argo y los argonautas que navegaban en él se toparon con muchas aventuras extrañas en su viaje a la Cólquida, donde se guardaba el Vellochino de Oro.

Cuando el barco navegaba cerca de la costa, los argonautas vieron a un hombre anciano sentado en una roca comiendo, o por lo menos tratando de comer su almuerzo.

Pero tan pronto como tomaba un pedazo de carne en su mano, algo bajaba del cielo, le arrancaba la comida de las manos y volaba. Ese algo no era un ave, sino una harpía que tenía el cuerpo como una gran ave de rapiña y cabeza de mujer.

Entre los argonautas estaban dos hijos de Boreas, el Dios de los Vientos. Habían nacido con alas en los omóplatos y volando espantaron a la harpía.

El anciano estaba muy agradecido y les habló a los argonautas del gran peligro que su barco pronto enfrentaría, y la forma como podían salvarse.

Les dijo:

—Pronto encontrarán un paso muy angosto entre dos enormes rocas llamadas Simplégades que salen del mar como dos torres enormes, pero no son rocas comunes, sino que en cuanto algo

se mueve entre ellas, se juntan y aplastan lo que haya entre ellas con la velocidad del rayo.

Cuando los argonautas preguntaron cómo podrían pasar sin ser aplastados, el anciano les dijo lo que tenían que hacer.

Navegaron todo el día siguiente y vieron las rocas Simplégades a la distancia, como dos enormes torres.

Navegaron más y más cerca, y cuando estaban muy cerca Jason largó una paloma entre las rocas, que inmediatamente se golpearon con un ruido ensordecedor y lentamente se separaron.

En ese momento los argonautas remararon con toda sus fuerzas y el Argo pasó antes de que las rocas Simplégades pudieran golpearse de nuevo.

Pero apenas pudieron pasar, porque las rocas apresaron el timón y lo destruyeron.

Pero esto no era tan importante, ya que el timón es sólo un pedazo de madera que puede ser reemplazado fácilmente.

Cuando había pasado el peligro, Jason pensaba con tristeza en la pobre paloma que les salvó.

Pero de pronto ella vino volando hasta su hombro, porque había sido más rápida que las piedras y no fue atrapada.

Los argonautas tuvieron muchas más aventuras en su viaje, y por fin llegaron a la Cólquida, donde desembarcaron y escondieron su barco entre árboles y arbustos.

Jason fue directamente hasta el rey Eetes, el gobernante, y le dijo que había venido para reclamar el Vellochino de Oro.

El rey le respondió con una sonrisa cruel:

*—¡Seas bienvenido, mi querido joven!
¡Llévate el Vellochino de Oro, si es que puedes!*

el profanador de textos

»Pero antes de que el Vellocino de Oro sea tuyo tienes que pasar por dos pruebas, si no te importa.

»Primero y ante todo, quiero que ares un campo. Si esto te suena fácil, te aclaro que el arado ha de ser tirado por dos bueyes especiales.

»Y una vez hecho eso, tienes que sembrar unas semillas especiales.

»Son dientes de dragón, que me dió Ares, el Dios de la Guerra.

Jason aceptó hacer estos dos trabajos, y el rey los recibió a él y a sus compañeros y los atendió bien. Pero los argonautas sabían que el plan del rey Eetes era falso.

Pero las cosas eran diferentes con Medea, la hija del rey.

Tan pronto la princesa vio a Jason se enamoró de él y comenzó a preguntarse cómo podía ayudarlo en sus tareas.

Medea tenía extraños poderes; era sobrina de la famosa hechicera Circe, que había transformado a los compañeros de Odiseo en cerdos, y Medea había aprendido magia de su tía.

Un día, cuando Medea estaba sola con Jason, le dio una pomada para que se untara el cuerpo antes de ir a arar con los bueyes del rey Eetes, y le dijo lo que tenía que hacer una vez sembrados los dientes de dragón.

Y, finalmente, le entregó una flor violeta que debía llevar cuando fuera a recoger el Vellocino de Oro.

Como retribución, Jason le prometió que cuando tuviera el Vellocino de Oro y estuviera listo a navegar, llevaría a Medea con él.

Ella sería su esposa y se transformaría en reina, en cuanto él hubiera recuperado el trono de su padre, ya que sólo con su ayuda podía pasar las pruebas a las cuales el rey Eetes lo había sometido para destruirlo. ♣

iv:4 sembrando los dientes de dragón

Llegó el día de las pruebas y el rey de la Cólquida invitó a Jason y a todos sus compañeros al campo de Ares, el dios de la guerra, donde se tenía que arar.

El rey guió cuatro grandes bueyes blancos hacia el campo. Parecían muy mansos, y el rey Eetes los ató al arado, e hizo un surco profundo de un extremo al otro del campo.

Les sacó el yugo a los bueyes, los dejó libres y le dijo a Jason:

—*Ahora es tu turno.*

Pero cuando Jason se acercó los bueyes se pusieron como locos y empezaron a mugir. No eran bueyes ordinarios, porque de sus fauces salían chispas, encendiendo el pasto a su alrededor.

Pero Jason usó la pomada que Medea le había dado y ni las chispas ni las llamas pudieron dañarlo.

Con sus fuertes brazos obligó a los bueyes a ponerse bajo el yugo, Y aró surcos tan rectos y profundos como los que había hecho el rey.

Al rey Eetes no le gustó que Jason pasara la primera prueba; esperaba que los bueyes lo destrozaran con sus cuernos y que el fuego lo quemara.

el profanador de textos

Pero el joven tenía todavía que sembrar los dientes de dragón en los surcos que había hecho.

Jason tomó los dientes de dragón, y empezó a sembrarlos en la tierra, y resultó que, mientras que los granos de trigo o avena tardan mucho tiempo para germinar, los dientes de dragón empezaron a brotar apenas Jason terminó de poner el último de ellos en la tierra.

Era una manera muy extraña de brotar, porque allí donde se había sembrado un diente de dragón, salía una cabeza de lanza muy puntiaguda de la tierra.

La tierra empezó a hacer olas como el mar, y de cada diente brotaba un guerrero completamente armado.

Antes de que Jason se diera cuenta, fila tras fila de soldados aguerridos estaban sobre el campo; todos lo miraban, y levantando sus lanzas y con fuertes gritos, se preparaban para atacar.

Jason recordó justo a tiempo lo que Medea le había dicho que tenía que hacer. Levantó una piedra y se la tiró a un guerrero.

La piedra rebotó y golpeó en el casco a otro guerrero, y este le gritó al primero

—¿Por qué me tiraste una piedra? —y lo golpeó con su espada.

Un instante después los dos guerreros estaban combatiendo, y los más cercanos tomaron parte y entraron en la lucha.

No pasó mucho tiempo antes de que todos los guerreros del campo se agredieran entre sí con sus lanzas, espadas y dagas.

Fue una lucha terrible, que sólo terminó cuando todos estaban muertos.

De esta manera, Jason pasó la segunda prueba.

Por supuesto, el rey estaba muy decepcionado. Estaba seguro de que Jason iba a ser muerto por los guerreros que crecieron de los dientes de dragón, que era un regalo del dios de la guerra.

Pero el rey estaba todavía ilusionado de que Jason sería muerto por el dragón que cuidaba el Vellocino de Oro.

Le dijo cómo llegar al bosque sagrado de Ares, y Jason salió para allí inmediatamente. Pero era un camino muy largo, y cuando Jason llegó ya era de noche.

Pero había una luna fuerte y brillante, y podía ver claramente en la noche plateada. El bosque no era nada bello, porque el horrible aliento del dragón había secado todo lo que crecía en él.

La tierra pelada estaba cubierta con rocas y las ramas y troncos de los árboles sin vida estaban retorcidos de una forma fantasmagórica.

Pero había un sólo árbol vivo en el bosque, un viejo roble. Colgado de sus ramas estaba el Vellocino de Oro, brillando bajo la luz de la luna.

Debajo, al pie del árbol, estaba recostado descansando el dragón. En cuanto vio a Jason se aprontó para destruir al intruso.

Una vez más, la ayuda de Medea salvó a Jason. Levantó la flor violeta que le había dado.

El dragón olió su perfume, bostezó, se acostó y se durmió.

Jason tomó el Vellocino de Oro y se fue velozmente hasta el lugar donde estaba escondido el Argo y lo esperaban sus compañeros.

Medea, que había escapado del palacio de su padre en la oscuridad, también esperaba para partir junto a Jasón y los argonautas.

Todavía era de noche cuando el Argo zapó con Medea y el Vellocino de Oro a bordo.

Cuando el rey se despertó a la mañana, el barco ya estaba en alta mar, lejos de la costa, y el rey se puso loco de furia.

No sólo había perdido el Vellocino de Oro, sino que también a su hija.

Mandó barcos para atrapar a los argonautas, pero era demasiado tarde. El Vellocino de Oro y su hija ese habían ido para siempre.

Después de muchas aventuras el Argo regresó a Yolco, pero el rey Pelias no estaba dispuesto a cumplir con su promesa, y mandó a un gran ejército para mantener a Jason fuera del reino.

Los argonautas podían haber vencido fácilmente a ese ejército, pero uno de ellos era hijo de Pelias y no quería luchar contra su padre.

Y Jason tampoco quería entrar en guerra contra su tío.

Una vez más, Medea encontró la salida.

Los argonautas simulaban alejarse navegando, pero antes llevaron a Medea a tierra, fuera de la ciudad.

Ella se transformó en una mujer muy, muy vieja, y fue a la corte del rey Pelias y le dijo que tenía poderes mágicos que le permitían transformar a gente vieja en joven.

Pelias, que se estaba poniendo viejo, le pidió una prueba a Medea, y ella se transformó a sí misma en una joven y bella mujer.

El rey quedó convencido y contento, y tomó el brebaje que ella le dio, que era veneno, y murió.

Muerto el rey, sus soldados perdieron el espíritu de lucha, y Jason y los argonautas regresaron.

Jasón y Medea fueron coronados reyes de Yolco. Y el Vellocino de Oro fue colgado en el templo de Ares. ♣

v Perseo

v:1 un regalo para el rey

Serifos es una de las pequeñas islas en el mar Egeo, que rodea Grecia.

Un día, un pescador tirando sus redes vio una gran caja de madera flotando en el mar. Pensando que el cofre contendría un gran tesoro, le ató una sogá alrededor y lo llevó hasta la costa.

Para su gran sorpresa escuchó voces en su interior, y cuando lo abrió encontró a una bella joven con su pequeño niño.

—¿Quién eres tú? ¿Cómo pudiste encerrarte a ti misma en el cofre?, —preguntó el pescador.

Y la mujer replicó:

—Mi nombre es Dánae, hija del rey de Argos, y este niño es Perseo, mi hijo.

»Su padre es el propio Zeus.

»Pero unos sacerdotes le contaron a mi padre que su nieto le quitaría la vida y el trono, y entonces dio órdenes de ponernos en este cofre y que nos tiren al mar, esperando que ambos muriéramos.

»Pero Zeus nos protegió y nos trajo aquí sin ningún daño.

El pescador llevó a Dánae y al pequeño Perseo al rey de la isla. Al principio el rey fue bueno con ellos

y le pidió a Dánae que fuera su esposa. Como ella lo rechazó, el rey se enojó mucho y le dijo:

—Si no quieres ser reina serás una sirvienta.

Y desde entonces la pobre mujer fue una sirvienta maltratada en la corte.

Mientras tanto, Perseo creció y se transformó en un joven atractivo y fuerte. Le afectaba mucho ver a su madre tan maltratada, y pensó en qué podría hacer para ayudarla.

Y se le ocurrió darle al rey un maravilloso regalo para que fuera más amable con Dánae.

Un día había un gran festival y cada uno traía regalos para el rey. Perseo se acercó al rey y le dijo:

—Yo no tengo posesiones; mi madre y yo somos pobres, pero tal vez pudiera hacerle algún servicio que lo complaciera.

El rey le dijo con una sonrisa:

—Si, hay algo que puedes hacer que me complacería mucho.

»Lejos, al otro lado del mar, en una cueva, viven tres hermanas llamadas Gorgonas.

»Son monstruos, y dos de ellas son inmortales. La que puede ser matada es Medusa, que es la peor de todas.

»Su cara es tan terrible que cualquiera que la ve se convierte en piedra. No hay hombre vivo que conozca su aspecto, porque todos los que la vieron han quedado transformados en piedra.

»Si pudieras cortar la horrible cabeza de Medusa y traérmela, estaría sumamente contento.

Sin titubear, Perseo se puso en marcha, porque estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para ayudar a su madre.

Pero no sabía cómo llegar a la cueva de las Gorgonas ni cómo le cortarían la cabeza a Medusa.

Pero durante su viaje, aparecieron súbitamente delante suyo Palas Atenea, la diosa de la sabiduría, y Hermes, el mensajero de los dioses.

Y Palas Atenea le dijo:

—*Tu padre Zeus nos mandó para ayudarte.*

»*Toma mi escudo. Está hecho de un metal tan perfectamente pulido que es como un espejo.*

»*Cuando llegues a la cueva de las Gorgonas tienes que caminar hacia atrás, y sostener el escudo de manera tal de que puedas ver reflejado en él lo que hay detrás tuyo.*

»*El reflejo de Medusa no puede hacer daño, pero si la miras directamente en la cara te transformarás en piedra.*

»*A Medusa se la reconoce fácilmente porque los pelos de su cabeza son víboras retorciéndose.*

Hermes le dijo:

—*Te daré esta espada curva como la luna creciente para le cortes la cabeza a Medusa, pero recuerda que has de ver su imagen en el escudo.*

»*No la mires en forma directa!*

»*Con el escudo y la espada puedes matar y decapitar al monstruo.*

Y continuó diciendo:

—*Pero necesitas todavía saber cómo llegar a la cueva de las Gorgonas.*

»*Primero debes visitar a tres hermanas llamadas las Grayas, que también son monstruos, y que te dirán cómo llegar a la cueva.*

»*Y también que otras cosas vas a necesitar al encontrarlas. ♣*

v:2 la cueva de las Gorgonas

Perseo había recibido dos regalos: El escudo de Palas Atenea para usarlo como espejo y poder no mirarle directamente a la cara a Medusa, y una espada de Hermes, curva como la luna nueva.

Pero le faltaba encontrar el camino hacia la cueva de las Gorgonas, y para eso necesitaba la ayuda de tres monstruos llamadas las Grayas.

Palas Atenea y Hermes lo guiaron a la cueva donde vivían las Grayas, y Palas Atenea le dijo:

—*Estas tres hermanas no son malas, pero son horribles para mirarlas.*

»*Tienen un solo ojo y un solo diente para las tres, y los usan por turnos*

»*Cuando una de ellas termina de usarlos se los da a la siguiente, y así se manejan una por vez, mientras las otras dos esperan su turno en la cueva.*

»*Ahora, ni Hermes ni yo podemos ayudarte más.*

»*Tienes que descubrir cómo hacer para que te digan lo que necesitas saber.*

Y los dioses desaparecieron.

Perseo se escondió silenciosamente en la cueva donde las dos hermanas estaban durmiendo.

La tercera, que tenía el ojo y el diente, estaba ausente. No tardó mucho en llegar y gritó:

—*Despierten, hermanas. Pongo el ojo y el diente en la mesa para la que sigue.*

Pero tan pronto como puso el ojo y el diente sobre la mesa, Perseo saltó de su escondite y los tomó.

Los monstruos tantearon sobre la mesa, pero no había nada, y empezaron a pelearse.

Entonces Perseo les dijo:

—*¡No peleen, bellas damas! Yo tengo vuestros preciosos ojo y diente, y se los devolveré si me cuentan lo que deseo saber.*

Las Grayas gritaron desaforadas, pero estaban tan impotentes que le rogaron que les devolviera sus preciosas posesiones.

Perseo les dijo:

—*Quiero encontrar la cueva de las Gorgonas y cortarles la cabeza a Medusa.*

»*Tienen que decirme qué debo hacer para realizar este trabajo.*

Las Grayas murmuraban y rezongaban, pero al fin dijeron:

—*Si devuelves el ojo y el diente, una de nosotras te mostrará el camino hacia la cueva en la costa del mar.*

»*Las ondinas, que son mitad humana y mitad pez, viven allí.*

»*Tienes que pedirles tres cosas: un par de zapatos para tus pies, un yelmo para tu cabeza y una mochila con lazo para cerrarla.*

el profanador de textos

Perseo les devolvió el ojo y el diente, y una de las hermanas le mostró el camino hacia la cueva de las ondinas.

La cueva tenía un aspecto maravilloso. El mar entraba en ella, y las ondinas nadaban y jugaban entre las rocas.

Cuando las llamó, todas dejaron de jugar y nadaron hasta donde estaba parado, y entonces Perseo les dijo:

—Queridas damas del mar, necesito de vuestra ayuda.

»Quiero ir a la cueva de las Gorgonas y cortarle la cabeza a Medusa.

»Pero necesito de vosotras un par de zapatos para mis pies, un yelmo para mi cabeza y una mochila con lazo para cerrarla.

Las ondinas se rieron y dijeron:

—Tú eres un joven hermoso; debieras quedarte y jugar con nosotras en vez de ir a ver a las horribles Gorgonas.

Pero Perseo les rogó que lo ayudaran, y al final las ondinas le contestaron:

—Nos gustas, bello joven, y te daremos lo que deseas.

»Pero los zapatos que pides no son zapatos comunes, sino que tienen alas, y quien los usa puede volar.

»El yelmo que pides no es un yelmo común, porque quien lo usa se hace invisible, nadie lo ve.

»La mochila la necesitas para poner la cabeza de la medusa, una vez que la hayas cortado.

»Si la llevaras en la mano, cualquiera que la mirara se transformaría en piedra, incluso tú mismo.

Las ondinas le trajeron a Perseo los tres objetos prometidos: los zapatos alados, el yelmo que hace invisible y la mochila.

Perseo les agradeció; se puso los zapatos en los pies, el yelmo en la cabeza y se colgó la mochila de los hombros con lazo para cerrarla.

Después se elevó rápidamente por el aire y voló invisible, lejos, a través del océano, hasta una cueva lúgubre en la isla donde vivían las Gorgonas.

Cuando Perseo llegó a la cueva de las Gorgonas recordó la advertencia de Palas Atenea y entró de espaldas, manteniendo el escudo en alto con su mano izquierda para ver lo que había detrás suyo. En la mano derecha llevaba la espada curva de Hermes.

Sólo había caminado unos pasos cuando vio la imagen de las Gorgonas en el espejo. Estaban completamente dormidas, pero aún así eran horribles de mirar.

Sus enormes cuerpos estaban cubiertos de escamas de dragón y sus dientes eran como los colmillos de un chanco salvaje. Sus manos eran garras de hierro y todas tenían enormes alas.

La llamada Medusa, tenía en su cabeza cientos de víboras que se retorcián en lugar de cabellos.

Hasta el valiente Perseo tembló cuando vio a los tres monstruos reflejados en su escudo.

Pero pronto se animó, se acercó, y mirando cuidadosamente en el espejo de su escudo, decapitó a Medusa de un golpe certero.

Las víboras se retorcieron y silbaron por un momento, pero después se quedaron quietas.

Perseo puso su espada en la vaina, y tanteando para atrás, levantó la cabeza por su pelo de víboras.

La mochila se abrió sola, y él puso rápidamente la cabeza en su interior.

Ocurrió entonces algo muy extraño. Del cuello de Medusa saltó un hermoso caballo blanco alado, llamado Pegaso, y un gigante dorado llamado Crisaor.

Pero Perseo no se quedó para maravillarse de estas criaturas. Las otras dos Gorgonas ya habían empezado a moverse.

Salió rápido de la cueva, y llevado por sus zapatos alados se elevó en el aire.

Pero ya las otras dos Gorgonas habían encontrado a su hermana muerta.

Salieron rugiendo de la cueva, desplegaron sus enormes alas y volaron buscando al culpable.

Pero el yelmo hizo invisible a Perseo y no pudieron verlo, logrando escapar el héroe de esta manera.

Pronto estuvo lejos de la lúgubre isla de las Gorgonas, y Perseo voló liviano como una nube sobre el mar y sobre extraños países, hacia su hogar.

Uno de los países que sobrevoló era Etiopía. Los reyes de ese país, Cefeo y Casiopea, tenían una hermosa hija llamada Andrómeda.

La reina estaba tan orgullosa de su hermosura que se jactaba de que ni siquiera las hermosas hijas del Dios del Mar eran tan bellas como Andrómeda.

Pero el Dios del Mar estaba tan orgulloso de sus hijas y tan enojado con la reina por lo que decía, que mandó que un dragón del mar saliera fuera de las olas. Este dragón devoraba durante el día a seres humanos y animales, y de noche volvía al mar.

El rey de Etiopía estaba desesperado y fue a un templo donde había una sacerdotisa sabia que podía entender la voluntad de los dioses.

Estos templos eran conocidos como oráculos. Había muchos de ellos en la antigua Grecia.

Cuando la gente tenía problemas y no sabía qué hacer, iban a un oráculo y le pedían consejo a la sacerdotisa o al sacerdote.

La sacerdotisa le dijo al rey de Etiopía:

—*Sólo cuando tu hija Andrómeda sea sacrificada al dragón, el Dios del Mar te perdonará.*

El rey estaba horrorizado. ¿Cómo podía permitir que su querida y bella hija fuera devorada por el dragón?

Pero cuando el pueblo de Etiopía escuchó el consejo del oráculo se pronunció por lo siguiente:

—*Nosotros amamos a nuestros hijos e hijas tanto como tú amas a tu hija.*

»*Sería mejor que muriera una joven y que el resto de nosotros pudiera vivir en paz.*

Para beneficio de su pueblo, el rey tuvo que aceptar que su hija Andrómeda fuera entregada al dragón.

Y la bella princesa fue llevada a la costa del mar y atada a una roca, donde el dragón la encontraría la próxima vez que saliera de las profundidades. ♣

v:3 Perseo va al rescate

Una vez que Perseo escapó de las Gorgonas, no necesitaba el yelmo que lo hacía invisible, y lo ató a la mochila con la cabeza de Medusa.

Al volar sobre Etiopía vio a una joven atada a una roca en la costa del mar.

Pobre Andrómeda. La habían dejado sola, atada a una roca, porque nadie quería estar cerca cuando el dragón saliera del mar.

Aterrorizada, ella había abandonado toda esperanza, y así Andrómeda estaba asombrada cuando miró para arriba y vio a un joven que descendía hacia ella.

Tan pronto como Perseo llegó al suelo le preguntó:

—*Bella joven. ¿Por qué estáis atada a la roca?*

Mientras Andrómeda le contaba su historia, a Perseo le pareció que no había visto jamás una joven más hermosa.

Pero apenas había terminado la historia cuando el mar empezó a hervir, y desde las profundidades apareció un monstruo.

Perseo saltó al aire cuando las grandes garras del dragón trataron de apresarle, y tirándose con toda su

fuerza aterrizó como un águila sobre la espalda del monstruo y le hundió la espada de Hermes.

Después se elevó volando, mientras que el monstruo herido se hundía en las profundidades del mar.

Perseo desató a Andrómeda y la llevó de regreso con sus padres, que no podían contener su gran regocijo como así también toda la población de Etiopía.

En medio de tal algarabía, Perseo le preguntó al rey si podía casarse con Andrómeda, a lo que el rey asintió, y se preparó una gran fiesta de casamiento.

Pero había una persona que no compartía la alegría de la corte. Era Agénor, el hermano del rey.

Andrómeda, su sobrina, había sido su prometida antes de que apareciera el dragón del mar. Aunque él no la había defendido cuando ella fue atada a la roca, estaba furioso de que ahora se casara con otro hombre.

Se sintió engañado, y pensó una forma de evitar el casamiento.

El día fijado para la boda, mientras los huéspedes estaban todavía comiendo y brindando con la joven pareja, entraron de golpe doscientos guerreros armados guiados por Agénor, y fueron matando a cada uno de los huéspedes que se les cruzaba, mientras buscaban atacar a Perseo.

Al principio, este se defendía con la buena espada de Hermes, pero pronto se dio cuenta de que había demasiados enemigos y que no tenía esperanzas de poder escapar. Entonces gritó:

—*Todos los que son mis amigos cierren los ojos y no me miren.*

Cerrando él también fuertemente sus ojos, metió la mano en la mochila que siempre llevaba en su espalda y sacó la cabeza de Medusa.

La levantó y Agénor y todos sus hombres quedaron transformados en piedra.

Perseo guardó la cabeza en la mochila y les dijo a sus invitados que podían abrir los ojos.

Habiendo conquistado a la bella Andrómeda, Perseo estaba ansioso de regresar con su madre.

Pero ahora que tenía esposa no podía usar las botas aladas, y la pareja tuvo que viajar por mar.

Por fin llegaron a Serifos, la isla donde vivía la madre de Perseo, Dánae, como una sirvienta maltratada.

Perseo y su esposa encontraron a Dánae en el templo de Zeus. Llorando de alegría, su madre lo abrazó y le contó que había huido al templo porque era el único lugar donde estaba segura de los ataques del perverso rey. ♣

v:4 lanzamiento predestinado del disco

Perseo le dijo a su esposa Andrómeda y a su madre Dánae que esperaran en el templo de Zeus hasta que él regresara.

Y salió para ver al rey Serifos, que no solo había tratado cruelmente a su madre, sino que también lo había mandado a la cueva de las Gorgonas, esperando que no regresara.

El rey estaba muy asombrado cuando vio a Perseo de regreso, y se mofó de él diciéndole:

—Bueno, veo que el héroe ha regresado, pero no veo la cabeza de Medusa. A lo mejor tienes bastante coraje para cortar cabezas de pollo si te pongo a trabajar como ayudante de cocina.

Y Perseo le contestó:

—Hice lo que me pediste; ahora lo verás por ti mismo.

Cerró los ojos, y cuando sacó la cabeza de Medusa de la mochila, el rey se transformó inmediatamente en piedra.

Perseo volvió a colocar la cabeza en la mochila y salió del palacio.

No estaba lejos cuando se le aparecieron dos figuras luminosas, que reconoció como Palas Atenea y Hermes.

Se arrodilló ante los dos dioses y dijo:

—Con vuestra ayuda he cumplido el trabajo que fui a realizar, y ahora puedo devolver agradecido las cosas que me prestaron.

»A ti, Palas Atenea, el escudo brillante que me ayudó en la cueva de las Gorgonas; también os entregaré la cabeza de Medusa, porque su terrible poder no puede estar en manos de seres humanos.

»Y a ti, Hermes, os devuelvo la espada curva. También os entrego las botas aladas, el yelmo que me hizo invisible y la mochila, para que sean devueltos a las ondinas, que fueron tan buenas conmigo.

De esta manera, Perseo devolvió a los dioses todas las cosas que le habían prestado para la gran aventura.

Más tarde, Palas Atenea puso la cabeza de Medusa sobre su escudo, para que sólo los enemigos de la sabiduría tuvieran que temerle a la cara de Medusa, que transforma a los hombres vivos en piedra.

Pero las aventuras de Perseo no habían terminado todavía. No quería vivir en la isla en la cual su madre había sufrido tanto.

Encontró al pescador que muchos años antes había rescatado el cofre dentro del cual Perseo y su madre habían sido tirados al mar y lo hizo rey de Serifos.

Luego, Andrómeda, Dánae y Perseo salieron a navegar hacia Argos, la tierra de su abuelo.

el profanador de textos

Recuerden que fue el abuelo de Perseo quien había ordenado tirarlo al mar a raíz de una profecía. Pero a Perseo no lo animaba el ánimo de venganza.

Ahora su abuelo, si todavía vivía, sería un hombre anciano, y Perseo estaba dispuesto a perdonarlo por lo que había hecho.

En este viaje de regreso a Argos, atracaron en un puerto llamado Lárisa. En todas partes había guirnaldas de flores, y vieron a mucha gente vestida de fiesta.

Cuando Perseo preguntó que estaban celebrando, le contestaron:

—Es el día de nuestros grandes juegos, y han venido muchos jóvenes de toda Grecia para participar.

Cuando Perseo supo que había carreras, lucha y competición de tiro de lanza y disco, decidió quedarse a participar en el lanzamiento del disco.

Los griegos fue el primer pueblo que hizo estas competencias.

Las pruebas se hacían en un gran estadio, que era un campo largo rodeado de bancos de piedra para los espectadores, que no eran sólo de Lárisa.

Muchos venían de toda Grecia, y se habían amontonado para poder observar.

Después de las luchas, las carreras, y el lanzamiento de lanza, llegó momento del lanzamiento del disco.

Cada participante podía tirar tres veces, y Perseo era el último de ellos.

El público festejó el primer tiro de Perseo porque el disco voló girando en el aire, más lejos de lo que nadie lo había lanzado antes.

Cuando lo tiró por segunda vez, el disco voló desde una punta del campo hasta la otra. Los espec-

tadores se levantaron gritando excitados: ¡era un tiro que nadie había logrado anteriormente!

Cuando Perseo hizo su tercer tiro, el disco voló alto haciendo un gran arco, y en ese momento una racha de viento lo empujó fuera del campo de juego y cayó dando vueltas y lastimó en la cabeza a un hombre de edad que estaba sentado en su banco.

Al caer el hombre de su asiento, se hizo un silencio en todo el estadio. Perseo corrió hacia el lugar donde cayó el hombre, pero al llegar el hombre ya estaba muerto.

Perseo preguntó quién era esa persona y le dijeron:

—Es el rey de Argos.

Era el abuelo de Perseo, el padre de Dánae, el que había puesto a su hija y a su niño en un cofre y los había tirado al mar.

De esta manera se había cumplido la profecía, Perseo había matado a su abuelo sin quererlo.

Por supuesto, estaba muy afligido, y fue al templo de Zeus para pedir perdón, y los sacerdotes le dijeron que no era culpa suya.

El destino había dispuesto que el rey de Argos muriera de esa forma.

Perseo, Andrómeda y Dánae continuaron su viaje a Argos, donde Perseo era ahora el nuevo rey, y gobernó por muchos años en paz y felicidad.

Pero la historia de sus aventuras fue recordada en Grecia durante mucho tiempo.

Los griegos le pusieron el nombre de Perseo a un grupo de estrellas, en su memoria, y otro grupo se llama Andrómeda, y en las proximidades de este hay otro grupo que se llama Draco, que significa dragón o monstruo.

De esta manera, la historia de Perseo, de Andrómeda, y monstruo enviado por Poseidón, el Dios del Mar, está escrita en los cielos. ♣

vi los doce trabajos de Heracles

vi:1 la leche de la diosa

Ya escucharon como Perseo y Andrómeda llegaron a ser reyes de Argos.

Cuando murieron, sus hijos y los hijos de sus hijos gobernaron el reino de Argos.

Sucedió entonces que Alcmena, la tataranieta de Perseo tuvo un hijo, pero el padre del niño no era humano, era Zeus, el Padre de los Dioses.

Hera, la esposa de Zeus estaba muy enojada porque una mujer mortal hubiera tenido un hijo con un dios.

El sólo pensar que a Zeus se hubo interesado más por una mujer mortal que por ella, diosa y esposa, la enfurecía.

Aun después de que Zeus dejara a Alcmena y que ella se casara con el rey Anfitrión, que fue el padrastro del niño, Hera seguía detestando a la madre y al hijo.

Pero Zeus quería que el hijo de Alcmena fuera un héroe más grande y fuerte que cualquier otro.

Entonces, una noche, mandó a Hermes, el mensajero de los dioses, a la tierra, al palacio del rey Anfitrión y de la reina Alcmena.

Hermes llevó al niño al Monte Olimpo, y mientras Hera dormía profundamente, el pequeño fue puesto en su pecho para que bebiera la leche de la diosa.

Al tomar esta leche, el pequeño recibió una fuerza superior a la que ningún otro ser humano jamás hubo poseído.

Y al amamantarse con la leche de una diosa inmortal adquiriría también la facultad de no ir al mundo de las tinieblas al morir, sino que podía unirse a los dioses del Olimpo en las alturas.

Hecho esto, Hermes llevó de regreso al niño a su cuna en el palacio.

Este niño, que había tomado leche de los dioses, fue llamado Heracles por los griegos, y Hércules por los romanos.

Pero Hera se enteró de lo que había sucedido esa noche, y se puso furiosa. Estaba tan furiosa que decidió destruir al niño.

Una noche, cuando el pequeño Heracles dormía en su cuna en la habitación de su madre, dos víboras negras mandadas por Hera se arrastraron y se metieron en la cuna del niño.

En ese momento Heracles se despertó, y cuando vio la cabeza de las dos víboras encima suyo estiró sus pequeñas manos, las agarró del cuello y las estranguló.

En ese momento Alcmena se despertó, vio las víboras en la cuna del nene y gritó. El rey Anfitrión, que quería mucho a su hijo adoptivo, escuchó el grito de su esposa y entró corriendo con la daga en la mano.

Grande fue su sorpresa al ver que al pequeño Heracles no le habían ocasionado daño y las dos víboras estaban muertas.

Poco tiempo después, el rey Anfitrión llamó a un sacerdote muy sabio y le preguntó cuál sería el futuro de Heracles.

El sacerdote le contestó:

el profanador de textos

—Matará a muchos monstruos. Pasará por pruebas tan difíciles como ningún otro hombre ha pasado, pero cuando hayan terminado sus días sobre la Tierra, se unirá a los dioses allí arriba en el Olimpo.

Cuando Heracles creció, sus maestros fueron hombres muy famosos. Le enseñaron a usar tan bien el arco y flecha que nunca erraba el blanco. Le enseñaron a manejar carros de guerra y a tirar la jabalina.

También aprendió a recitar poesías y a tocar la lira. Las canciones que más amaba eran las que trataban sobre como Perseo había vencido a Medusa y al dragón.

Pero la terrible fuerza que había adquirido mediante la leche de la diosa Hera le trajo también algunas desgracias.

El maestro que más amaba era el anciano sabio Lino, que le había enseñado a tocar la lira.

Pero el joven Heracles, que podía vencer a cualquiera en pruebas de fuerza, no era tan hábil con los dedos para tocar música con la lira.

Muchas veces tocaba una nota equivocada, y entonces Lino le decía:

—*Otra vez erraste. Debes ser más cuidadoso!*

Un día Heracles estaba tan disgustado porque no le salía bien la música, que tiró la lira, la cual voló por el aire con enorme fuerza y golpeó a Lino en la cabeza, matándolo instantáneamente.

Heracles lloró lágrimas amargas de remordimiento. Había matado al maestro que más amaba.

No había sido un asesinato, porque su intención no había sido matarlo, pero en castigo tuvo que abandonar el palacio y vivir como un pastor de ovejas en las colinas de Argos. ♣

vi:2 el camino de la virtud

Mientras Heracles vivía con los pastores en las colinas de Argos, muchas veces estaba solo con sus ovejas, y en estas ocasiones se preguntaba cuál sería su futuro.

¿Sería rey y gobernaría Argos? ¿Disfrutaría de riquezas y poder? ¿Debería buscar aventuras?

Un día, mientras meditaba, se le aparecieron dos mujeres. Una era bella y de comportamiento modesto. Vestía ropas simples y blancas. La otra también era bella, pero de diferente manera. Estaba muy arreglada, con las uñas pintadas y su vestido era rojo, rosado y naranja.

La mujer del vestido colorido parecía muy satisfecha consigo misma. Se movía como un pavo real, y cada movimiento que hacía estaba calculado para llamar la atención sobre su persona.

Dándose vuelta, le habló a Heracles:

—*Mi querido joven, veo que estás indeciso sobre tu futuro. Si me tomaras como amiga, te guiaría por el sendero fácil y cómodo.*

»*No encontrarías muchas dificultades, y no tendrías que hacer trabajos duros. Comerías exquisitas comidas, beberías deliciosas bebidas, y serás un hombre libre para ir de diversión en diversión.*

»*Si se presentara algún trabajo desagradable para hacer no te preocupes. Yo me encargaría de que otro lo hagan por ti.*

Sorprendido, Heracles preguntó:

—*¿Quién eres tu?*

—*El pueblo me llama Placer, —dijo la mujer—.*

»*Y todos me quieren porque, como puedes ver soy muy bella. ¿No te parece?*

Heracles no contestó y se dirigió a la otra mujer preguntándole:

—*¿Quién eres tu?*

La mujer modesta vestida de blanco contestó:

—*La gente me llama Virtud, que quiere decir fuerza para hacer lo justo aunque sea desagradable, duro y peligroso.*

»*Si sigues mi camino en la vida, el camino de la virtud, tendrás que enfrentar peligros y dolor. En cuanto se termina con un deber, empieza otro.*

»*Habrás poca recompensa, porque lo que haces beneficiará a otros, pero no a ti.*

»*Pero toda Grecia te agradecerá. Tus trabajos serán recordados en los tiempos futuros, y si alguna persona se enfrenta a un trabajo difícil, pensará en tí y lo hará con coraje y confianza.*

Placer la interrumpió rápidamente y dijo:

—*Tú puedes ver por tí mismo, querido Heracles, que ella no tiene nada para ofrecerte.*

»*Piensa en las cosas agradables que yo te puedo dar: lujo, diversiones, riquezas, y las puedes obtener todas sin trabajo alguno.*

Heracles miró por un momento a ambas mujeres y tomó su decisión diciendo:

—*Si te siguiera a ti, Placer, desperdiciaría las fuerzas que los dioses me han dado. Pero aunque yo fuera débil, igual elegiría la virtud. Suceda lo que suceda, seguiré el camino de Virtud.*

El interrogante acerca de si queremos vivir sólo para nuestro placer y satisfacción o si queremos ayudar a los demás nos llega a todos tarde o temprano.

Cada uno debe decidir si sigue el sendero del placer o el sendero de la virtud.

Todos los grandes trabajos en el mundo son obra de hombres y mujeres que decidieron seguir el duro sendero de la virtud.

Poco tiempo después de que Heracles tomara la decisión, encontró la oportunidad de realizar una buena obra.

En aquellos tiempos, buena parte de Grecia estaba cubierta por bosques habitados por leones, jabalíes, víboras y otros animales salvajes.

Uno de los leones había salido del bosque y merodeaba por las lomas de Argos matando ovejas.

Había matado también a algunos pastores.

Y cuando Heracles supo esto, fue armado con un garrote, recorrió las montañas más salvajes y boscosas hasta que encontró al león.

En cuanto la bestia lo vio, saltó alto en el aire, pero Heracles se corrió rápidamente al costado, y cuando la bestia cayó, le dio un golpe tan fuerte con su garrote que le quebró la nuca.

Heracles le sacó la piel, y desde entonces la usó sobre sus hombros. A veces se ponía también la cabeza del león, con sus enormes fauces abiertas, como si fuera un yelmo. ♣

vi:3 el consejo del oráculo

Heracles no luchó solo contra bestias salvajes. Un rey extranjero llamado Ergino invadió Argos con un gran ejército.

Heracles y un pequeño grupo de hombres valientes atacaron a los invasores.

Cuando Ergino y su ejército vieron que Heracles podía matar a un enemigo con un solo golpe de puño, se aterrorizaron y huyeron.

El rey Ergino estaba muy interesado en hacer las paces y demostrar que era sincero, por lo que ofreció a su hija Mégara como esposa de Heracles.

Heracles se casó con Mégara y vivía feliz con su mujer y con los tres hijos que tuvo con ella. Pero la diosa Hera no había olvidado su viejo rencor hacia el héroe, y no lo iba a dejar vivir en paz.

Un día, Heracles estaba haciendo un sacrificio a los dioses; sus hijos estaban con él y observaban como hacía el fuego en el altar.

Cuando Heracles tomó el cuchillo para sacrificar una oveja, Hera lo castigó con locura; ya no pudo pensar, y no supo lo que estaba haciendo.

Y en su confusión creyó que sus hijos eran enemigos y los acuchilló, matándolos.

Cayó al suelo inconsciente, Y cuando despertó la locura ya se le había pasado, pero su corazón casi dejó de latir cuando vio lo que había hecho.

Sin decir una palabra, abandonó su casa y se transformó en un caminante sin hogar.

El primer lugar donde Heracles llegó era el oráculo más famoso de Grecia, el templo de Apolo en la ciudad de Delfos.

Estaba construido sobre una profunda fisura, a través de la cual salía humo de las profundidades de la tierra.

Cerca de la rajadura había una silla especial de tres patas, llamada trípode, donde se sentaba la sacerdotisa mientras la rodeaba el humo.

Gente de toda Grecia y también de otros países venían a buscar el consejo de la sacerdotisa de Delfos.

Estimulada por el humo, la sacerdotisa podía conectarse con los dioses, que contestaban las preguntas que el público hacía.

Heracles fue al oráculo y le preguntó a la sacerdotisa que podía hacer para reparar el daño que había hecho al matar a sus hijos.

Y la sacerdotisa le contestó:

—*Ve a ver al rey Euristeo de Micenas y ofrécete como su sirviente. Te dará doce pruebas.*

»*Cuando hayas cumplido con esas doce pruebas, habrás hecho tanto bien que serás perdonado de haber matado a tus hijos.*

»*Y ya no te sentirás culpable.*

Heracles se fue a Micenas. Cuando el rey Euristeo vio a este joven alto y fuerte, estaba más asustado que complacido.

Quería sacárselo de encima, y a su terrible fuerza, tan pronto como fuera posible.

el profanador de textos

Le dijo lo primero que se le vino a la mente:

—*Ve y consígueme la piel del león que vive en los campos de Nemea.*

Pero el león de Nemea no era un león común, como Heracles pudo pronto descubrir.

Cuando llegó a los campos de Nemea vio que todas las casas de los campesinos estaban vacías. Todos habían escapado del león.

Armado con su arco, Heracles se escondió en unos arbustos y esperó.

Después de un rato vio venir a la bestia. Era una criatura enorme con la piel color fuego ardiente.

Heracles apuntó con cuidado, pero la flecha apenas le hizo un raspón en la resistente piel del león.

Éste ni se dio cuenta de que había sido atacado. Bostezó y se dirigió a la selva.

Heracles lo siguió y lo vio entrar en una cueva, y se dio cuenta de que si con la flecha no había podido herirlo, la daga no le sería tampoco de mucha utilidad.

Debía pelear con el león con sus manos desnudas, El héroe no tenía miedo.

Cuando el león vio venir a Heracles, se le pararon los pelos de su melena, emitió un fuerte rugido con su garganta y dió un gran salto.

Pero Heracles estaba preparado para el ataque y agarró a la bestia con sus brazos alrededor del cuello y apretó con todas sus fuerzas estrangulándolo hasta que murió.

Cuando quiso sacarle la piel se dio cuenta de que el cuchillo no penetraba en ella, y descubrió que la única forma de cortar la piel era usando las propias garras del león.

Cuando Heracles volvió a Euristeo con la enorme piel del león, el rey casi se desmaya.

—*No quiero ver a estos monstruos que tú matas, —le gritó.*

»*La próxima vez que hayas cumplido con tu trabajo, quédate afuera de los paredones de la ciudad.*

»*Puedes mandar un mensajero haciéndome saber que estás listo para el próximo trabajo.*»*No quiero verte a tí ni a la presa que cazaste.*

Muy molesto se reacomodó en el trono, lo miró con furia y le gritó:

—*¡Tu próximo trabajo es ahora matar a la Hidra!* ♣

vi:4 el consejo del oráculo

Heracles no luchó solo contra bestias salvajes. Un rey extranjero llamado Ergino invadió Argos con un gran ejército.

Heracles y un pequeño grupo de hombres valientes atacaron a los invasores.

Cuando Ergino y su ejército vieron que Heracles podía matar a un enemigo con un solo golpe de puño, se aterrorizaron y huyeron.

El rey Ergino estaba muy interesado en hacer las paces y demostrar que era sincero, por lo que ofreció a su hija Mégara como esposa de Heracles.

Heracles se casó con Mégara y vivía feliz con su mujer y con los tres hijos que tuvo con ella. Pero la diosa Hera no había olvidado su viejo rencor hacia el héroe, y no lo iba a dejar vivir en paz.

Un día, Heracles estaba haciendo un sacrificio a los dioses; sus hijos estaban con él y observaban como hacía el fuego en el altar.

Cuando Heracles tomó el cuchillo para sacrificar una oveja, Hera lo castigó con locura; ya no pudo pensar, y no supo lo que estaba haciendo.

Y en su confusión creyó que sus hijos eran enemigos y los acuchilló, matándolos.

el profanador de textos

Cayó al suelo inconsciente, Y cuando despertó la locura ya se le había pasado, pero su corazón casi dejó de latir cuando vio lo que había hecho.

Sin decir una palabra, abandonó su casa y se transformó en un caminante sin hogar.

El primer lugar donde Heracles llegó era el oráculo más famoso de Grecia, el templo de Apolo en la ciudad de Delfos.

Estaba construido sobre una profunda fisura, a través de la cual salía humo de las profundidades de la tierra.

Cerca de la rajadura había una silla especial de tres patas, llamada trípode, donde se sentaba la sacerdotisa mientras la rodeaba el humo.

Gente de toda Grecia y también de otros países venían a buscar el consejo de la sacerdotisa de Delfos.

Estimulada por el humo, la sacerdotisa podía conectarse con los dioses, que contestaban las preguntas que el público hacía.

Heracles fue al oráculo y le preguntó a la sacerdotisa que podía hacer para reparar el daño que había hecho al matar a sus hijos.

La sacerdotisa le contestó:

—Ve a ver al rey Euristeo de Micenas y ofrécete como su sirviente. Te dará doce pruebas.

»Cuando hayas cumplido con esas doce pruebas, habrás hecho tanto bien que serás perdonado de haber matado a tus hijos.

»Y ya no te sentirás culpable.

Heracles se fue a Micenas. Cuando el rey Euristeo vio a este joven alto y fuerte, estaba más asustado que complacido.

Quería sacárselo de encima, y a su terrible fuerza, tan pronto como fuera posible.

Le dijo lo primero que se le vino a la mente:

—Ve y consígueme la piel del león que vive en los campos de Nemea.

Pero el león de Nemea no era un león común, como Heracles pudo pronto descubrir.

Cuando llegó a los campos de Nemea vio que todas las casas de los campesinos estaban vacías. Todos habían escapado del león.

Armado con su arco, Heracles se escondió en unos arbustos y esperó.

Después de un rato vio venir a la bestia. Era una criatura enorme con la piel color fuego ardiente.

Heracles apuntó con cuidado, pero la flecha apenas le hizo un raspón en la resistente piel del león.

Éste ni se dio cuenta de que había sido atacado. Bostezó y se dirigió a la selva.

Heracles lo siguió y lo vio entrar en una cueva, y se dio cuenta de que si con la flecha no había podido herirlo, la daga no le sería tampoco de mucha utilidad.

Debía pelear con el león con sus manos desnudas, El héroe no tenía miedo.

Cuando el león vio venir a Heracles, se le pararon los pelos de su melena, emitió un fuerte rugido con su garganta y dió un gran salto.

Pero Heracles estaba preparado para el ataque y agarró a la bestia con sus brazos alrededor del cuello y apretó con todas sus fuerzas estrangulándolo hasta que murió.

Cuando quiso sacarle la piel se dio cuenta de que el cuchillo no penetraba en ella, y descubrió que la única forma de cortar la piel era usando las propias garras del león.

Cuando Heracles volvió a Euristeo con la enorme piel del león, el rey casi se desmaya.

—No quiero ver a estos monstruos que tú matas, —le gritó.

»La próxima vez que hayas cumplido con tu trabajo, quédate afuera de los paredones de la ciudad.

»Puedes mandar un mensajero haciéndome saber que estás listo para el próximo trabajo.»No quiero verte a tí ni a la presa que cazaste.

Muy molesto se reacomodó en el trono, lo miró con furia y le gritó:

—¡Tu próximo trabajo es ahora matar a la Hidra! ♣

vi:4 la Hidra descabezada

Matar al león de Nemea fue el primero de los doce trabajos de Heracles. Doce es un número muy importante.

Recordarán como los babilonios dividieron el día y la noche en doce horas cada uno. Hay también doce meses en el año, y Cristo tuvo doce discípulos cuando estuvo sobre la Tierra.

El segundo de los doce trabajos de Heracles fue matar a la Hidra, una serpiente gigante de nueve cabezas.

Pero una de las cabezas de la víbora, la del medio, era inmortal. No podía ser matada.

Heracles tomó un carruaje y le pidió a su sobrino Yolao que manejara los caballos hasta el gran pantano donde el monstruo acechaba esperando a sus víctimas.

Cuando vieron a la Hidra, Heracles le dijo a Yolao que esperara mientras iba a luchar con la bestia.

La Hidra trató de escapar y se metió en una cueva, pero Heracles prendió un fuego y tiró flechas encendidas en la oscuridad.

Las flechas pronto hicieron salir al monstruo, que se abalanzó enfurecido hacia el héroe con sus nueve

cabezas silbando, y sus nueve lenguas divididas en dos saliendo de cada una de sus bocas.

Heracles se afirmó, y con un golpe de su garrote destruyó tres de esas horribles cabezas.

Para gran asombro, brotaron cabezas nuevas de sus cuellos, y por cada cabeza que había cortado, aparecían dos cabezas nuevas.

Heracles llamó a Yolao para que lo ayudara.

Le pidió que incendiara un monte cercano y trajera maderas encendidas.

Tan pronto como Heracles le cortaba a la Hidra algunas de las cabezas, Yolao le quemaba el cuello a la Hidra con un madero encendido, no dejando que le crecieran nuevas cabezas.

Heracles le fue cortando a la Hidra las cabezas, una por una, hasta que sólo le quedaba la que era inmortal. Esa cabeza no podía ser matada pero podía ser cortada.

Pero con un rápido golpe de su daga Heracles le cortó la cabeza del cuello e hizo rodar una roca sobre ella para que quedara enterrada y no pudiera hacer más daño.

Después de la lucha, Heracles mojó sus flechas en la sangre negra envenenada de la Hidra, desde entonces la más pequeña lastimadura de sus flechas producían la muerte por envenenamiento.

Cuando Euristeo recibió la noticia de que Heracles había cumplido con el segundo trabajo dijo:

—Ha demostrado que puede matar usando su fuerza. Veamos ahora si puede correr velozmente.

»¡Quiero que me traiga el ciervo de la diosa Artemisa!

Artemisa, o Diana, es la diosa de la caza, y el ciervo que Heracles debía cazar era sagrado para ella.

No era un ciervo hembra común. Era un hermoso animal con las astas de oro, con los vasos de bronce, y podía correr más rápido que cualquier otro animal.

El trabajo de Heracles era capturar el animal de patas ligeras, y después de larga búsqueda vio a la cierva en el bosque. Pero escapó a gran velocidad.

Heracles la siguió a través de bosques, lomas arriba y lomas abajo, y no la podía atrapar, aunque siempre estaba lo suficientemente cerca como para verla.

La persecución seguía y seguía, día y noche, hasta que al animal no le quedaban fuerzas.

Exhausta y temblando de miedo, la criatura con astas de oro y vasos de bronce cayó al suelo, y en el momento en que Heracles la levantaba, para ponerla sobre sus hombros, se le apareció Artemisa.

Y le dijo enojada:

—¿Cómo te animas a cazar a mi animal sagrado?

Heracles le contestó:

— ¡Oh, Diosa! No es por mi voluntad que estoy capturando a tu cierva.

»Lo hago como sirviente de Euristeo, a quien he de obedecer por la voluntad de los dioses.

Escuchando esto, Artemisa lo perdonó y lo dejó ir.

La cierva exhausta estaba dormida mientras Heracles se la llevaba a Euristeo. Pero el rey estaba demasiado asustado como para quedarse con la cierva por miedo a que Artemisa se enojara.

Le dijo a Heracles que la llevara a un bosque cercano. Cuando la cierva se despertó, se levantó y se fue galopando alegremente. ♣

vi:5 los establos de Augías

—*¡Está ocurriendo algo especial, y queremos tomar parte!*

Se juntaron a la entrada de la cueva, pero Heracles y Folo les dijeron que se vayan y que los dejen en paz.

Entonces, los centauros se enojaron, y tomando trozos de tierra y troncos se los tiraron a Heracles, y éste, a su vez, alzó su arco y le tiró a uno de los centauros

Los otros se asustaron mucho y se fueron al galope para buscar a Quirón, el centauro sabio, que era su rey.

Pero Heracles, que estaba en uno de sus arranques de furia, los corrió, y cuando los vio rodeando a Quirón, tiró una flecha que lastimó al centauro sabio.

Quirón era inmortal, y por eso no murió, pero el veneno de la flecha se extendió por su cuerpo causándole terribles dolores.

Cuando Heracles vio el sufrimiento de Quirón se puso muy triste y trató de calmar el sufrimiento del centauro con muchas hierbas, pero no lo consiguió.

Muy preocupado, Heracles se despidió de Quirón y se fue a cazar al jabalí.

Más adelante sabrán como pudo terminar el sufrimiento del pobre centauro.

Heracles encontró al enorme jabalí en la profunda maraña del bosque, y con gritos estridentes lo hizo salir fuera de la espesura.

El jabalí corrió hacia las montañas y Heracles lo siguió de cerca. Cada vez que el jabalí trataba de correr barranca abajo, Heracles se le adelantaba.

La única posibilidad de escapar que tenía el animal era correr barranca arriba, y pronto llegaron a las alturas de las nieves eternas, donde el animal

Heracles había cumplido con su tercer trabajo, la captura de la cierva con astas de oro y cascos de bronce, y Euristeo le dijo:

—*Este trabajo fue realmente demasiado fácil.*

»*El próximo es mucho más duro.*

»*Es capturar el jabalí que también es sagrado para Artemisa.*

En el camino a la montaña donde vivía el jabalí, Heracles llegó a un gran río, y a sus orillas vivían unas extrañas criaturas llamadas centauros, mitad hombres y mitad caballos.

Desde la cabeza hasta las caderas eran como hombres, pero desde las caderas para abajo, tenían el cuerpo y las patas de un caballo.

Uno de los centauros, Folo, invitó a Heracles a quedarse durante la noche en la cueva donde vivía.

Preparó una buena cena para su huésped, sacó un vino especial que había guardado para festejar cuando Heracles llegara

El vino podía olerse desde lejos, y los otros centauros, a quienes también les agradaba el vino, dijeron:

quedó atrapado en un cúmulo de nieve y no pudo dar un paso más, ni para adelante ni para atrás.

Heracles ató con sogas al jabalí que aullaba salvajemente, lo levantó arriba de sus hombros y lo acarreo montaña abajo.

Pero cuando llegó a Micenas, la ciudad del rey Euristeo, no obedeció' las órdenes del rey y entró directamente en el palacio.

Cuando Euristeo vio a esa bestia que bramaba, sus ojos se pusieron rojos de furia, pero estaba tan asustado que corrió directamente al sótano y se escondió en un barril para vino.

Después de que Heracles hubo gozado de su broma, llevó al enorme animal a un templo y lo dejó a cargo de los sacerdotes.

El rey Euristeo estaba furioso. Se supo que el rey se había escondido en un barril y todos se reían de él. Como venganza, el rey le dio a Heracles un trabajo indigno de un héroe, que era limpiar los establos del rey Augías en un día.

El rey Augías tenía tres mil vacas en un enorme establo, incluyendo doce blancas que pertenecían al Dios del Sol.

Era un hombre muy duro, y los pastores que cuidaban las vacas estaban tan mal pagados, que no se les podía pedir que limpiaran los establos.

Con el tiempo, los excrementos formaban una enorme capa, de modo que las vacas estaban hundidas hasta el cuello, y el olor era insoportable; se olía a muchos kilómetros alrededor.

Cuando Heracles le ofreció a Augías limpiar su establo el rey se puso tan contento que le ofreció un décimo de su manada en recompensa.

Esperaba que Heracles tomara una pala y comenzara a cavar, pero Heracles no hizo tal cosa, sino que se puso a hacer un gran agujero en una de las pare-

des del establo. Luego hizo otro agujero en la pared opuesta.

Finalmente cavó un canal desde el río cercano hasta el establo. Desvió luego el curso del río con un dique, de manera tal de que el agua tenía que correr por el canal entrando al establo por uno de los agujeros y salir por el otro, volviendo luego a su cauce original.

De esta manera, en pocas horas el río se había llevado las grandes acumulaciones de estiércol.

Pero el rey Augías no le dio a Heracles la recompensa prometida. Había sido engañado, pero nada podía hacer.

Los dioses le habían ordenado obedecer a Euristeo y tenía que limpiar los establos aun sin recompensa. ♣

vi:6 amansando las doce yeguas

Cuando Heracles volvió a Micenas, Euristeo le dijo que su próximo trabajo era espantar a las aves de Estínfalo.

Las aves eran enormes criaturas parecidas a las aves de rapiña, con picos y garras más duras que el hierro.

Pero lo peor era que podían tirar sus plumas duras y cortantes al aire como si fueran flechas, capaces de atravesar escudos y armaduras. Innumerables hombres habían sido muertos y devorados por esas aves.

Cuando Heracles llegó al lago donde anidaban estas aves las vio volar en cantidades tan grandes que oscurecían el cielo como nubes de tormenta, mientras muchas otras estaban posadas en sus nidos en el suelo.

Él se sentía desamparado y ponderaba como haría para hacerlas abandonar el lugar.

De pronto sintió que alguien le tocaba el hombro, y al darse vuelta vio que era Palas Atenea.

La diosa le sonrió y le dijo:

—*No necesitas desesperarte, porque los dioses siempre ayudan a quien emprende un trabajo con valor.*

Le dio dos enormes címbalos de hierro que habían sido hechos por el dios Hefesto.¹

Cuando Palas Atenea se retiró, Heracles hizo sonar los enormes címbalos con todas sus fuerzas, y produjo un sonido tan infernal que todas las aves levantaron vuelo, y volaron más y más alto, hasta que desaparecieron de la vista.

Y hasta el día de hoy no se sabe donde están.

El trabajo siguiente fue mucho más duro.

Heracles tenía que traerle a Euristeo doce yeguas que pertenecían al rey Diomedes. Las yeguas eran tan fuertes y salvajes que había que atarlas a sus establos con cadenas de hierro.

No se alimentaban con avena. Todos los extranjeros que tenían la mala suerte de llegar a la ciudad donde gobernaba Diomedes eran tirados a las yeguas como alimento.

Heracles reunió a algunos compañeros y navegaron hasta el reino de Diomedes. Cuando llegaron les dijo a sus amigos que esperaran y fue solo hasta los establos, rompió las cadenas que ataban a las yeguas como si fueran de paja y llevó a las bestias afuera.

Con su terrible fuerza las dominó a todas y las llevó al barco.

Pero en el momento en que el rey Diomedes descubrió que le habían robado las yeguas, reunió a sus guerreros y salió en su búsqueda.

¹ Hefesto, o Vulcano en la mitología romana, era el herrero de los dioses. Siempre que hacía erupción algún volcán, los griegos y los romanos 'decían que salía fuego de la herrería de Hefesto.' [N. del Au.]

Heracles y sus hombres estaban a la expectativa, y comenzó una terrible lucha. Cuando las yeguas sintieron los ruidos de lucha les surgió el instinto salvaje, despedazaron al joven que las cuidaba y fueron al galope hasta el lugar de la batalla.

Pero fue al rey Diomedes a quien atacaron. Con los vasos le rompieron el yelmo y el escudo. Luego lo mordieron hasta que murió, y entonces bebieron su sangre.

Después de esto, las yeguas quedaron mansas como potrillos, y hasta un niño podía montarlas sin que les hicieran daño alguno.

Heracles navegó de vuelta a Micenas llevándole las yeguas a Euristeo, que se las dio a los sacerdotes del templo de Hera.

Los descendientes de aquellas yeguas fueron los caballos de grandes héroes y reyes.

Algún día escucharán la historia de Alejandro Magno, cuyo caballo Bucéfalo venía de esta estirpe.



vi:7 amazonas sin miedo

Como próximo trabajo, el rey Euristeo le dijo a Heracles que debía capturar al toro blanco perteneciente al rey Minos, que reinaba en la isla de Creta.

Hasta el día de hoy pueden verse los restos del espléndido palacio del rey Minos en la ciudad de Cnosos.

En las paredes hay pintadas escenas de la vida de aquellos tiempos, incluyendo las de esbeltos jóvenes, varones y niñas saltando por sobre enormes toros.

Ante una situación difícil, el rey Minos prometió sacrificar a Poseidón, dios del mar, lo primero que saliera del mar, si su flota volvía sana y salva a la isla de Creta.

La flota volvió sin problemas. Al ir a cumplir con su promesa, Poseidón hizo salir un hermoso toro blanco.

Al rey Minos le resultó tan hermoso que decidió quedárselo y no lo sacrificó.

Poseidón se enojó tanto que maldijo al toro con la locura.

El enorme animal corría salvajemente pisoteando campos y destruyendo hombres. Toda la isla vivía aterrorizada, y nadie era tan valiente como para luchar contra el toro, agarrarlo y amansarlo.

Cuando Heracles llegó a Creta y se ofreció a amansar a la furiosa bestia, el rey Minos y su pueblo estaban más que contentos.

Heracles salió y encontró al toro en un campo. El toro bajó la cabeza y bufó. Sus enormes pezuñas levantaban nubes de tierra cuando el animal se aprontaba para la carga.

Pero Heracles tomó al toro por los cuernos, y con su tremenda fuerza le forzó la cabeza al animal hasta la tierra. La bestia se arrodilló, reconociendo haber encontrado a su señor.

Ahora que el toro estaba manso, Heracles saltó a su lomo, y teniéndolo por los cuernos, cabalgó en él hasta la costa del mar, y entró en el agua.

Sentado en el lomo del animal, Heracles lo hizo nadar cruzando el mar hasta Micenas, y hasta la corte del rey Euristeo.

El rey estuvo grandemente sorprendido cuando vio desde la torre de su palacio a Heracles montando el toro.

Los sacerdotes del templo de Hera no quisieron quedarse con el animal, y Heracles lo dejó libre.

El próximo trabajo era llevarle a Euristeo el valioso cinto de la reina de las Amazonas.

Las Amazonas eran mujeres fuertes y luchadoras que no tenían miedo. Estaban armadas como guerreros y cazaban y hacían la guerra como los hombres.

En su reino, el único uso que le daban a los hombres eran tareas de esclavos.

Heracles no salió solo para este trabajo, porque muchos hombres se sentían orgullosos de acompañarlo.

Cuando llegaron al país de las amazonas, fueron recibidos con mucha hospitalidad, y hasta la reina estaba dispuesta a entregarle el cinturón a Heracles.

Pero la diosa Hera no estaba satisfecha con que Heracles resolviera este trabajo tan fácilmente.

Se transformó en una amazona y estuvo divulgando entre las mujeres el rumor de que Heracles y sus hombres habían venido para llevarse, a su reina.

Las amazonas montaron inmediatamente sus caballos y atacaron el campamento de Heracles.

Fue una lucha furiosa, y sólo la gran fuerza de Heracles salvó a los guerreros griegos que habían ido con él.

Hasta la más salvaje de las amazonas, la hermana de la reina, fue vencida por Heracles y llevada al barco como prisionera.

Todas las demás amazonas huyeron, pero la reina se acercó a Heracles y le rogó que su hermana fuera liberada.

Heracles puso una condición: Liberaría a su hermana a cambio del cinturón de la reina.

Y así pudo llevar el cinturón a Euristeo. ♣

vi:8 el ganado del dios del Sol

—*Quedan sólo tres trabajos por realizar, — dijo Euristeo—, pero debo hacerlos mucho más duros que los anteriores.*

»*Desde ahora debes probar tu fuerza contra poderes que no son de esta Tierra.*

»*Anda y busca el ganado de Helios, el dios del Sol.*

La isla donde pastaban esas vacas estaba en el océano, lejos de la costa. En un tiempo. Odiseo y sus marinos habían estado allí, pero después que sus hombres habían matado y comido una de las vacas sagradas, perdieron la vida en una gran tormenta, y desde entonces nadie había podido encontrar otra vez la isla.

Ni siquiera. Odiseo hubiera sido capaz de encontrarla.

Heracles zarpó y navegó de isla en isla. Estuvo en muchos países, pero no encontró a nadie que pudiera informarle donde estaba la isla.

Por último llegó al final de toda la tierra, y delante suyo se extendía un mar que parecía interminable.

Para marcar el lugar desde donde no podía seguir adelante, Heracles construyó dos enormes pilares.

Son conocidos como los pilares de Heracles y estuvieron en pie durante cientos de años, y ningún navegante griego se atrevía a pasar más allá.

Hoy día ese lugar es conocido como el estrecho de Gibraltar.

Cuando el sol brillaba sobre el océano, Heracles gritó en su desesperación:

—*¡Hasta tú, Sol, te has puesto contra mí!*

Y levantó su arco y tiró una flecha contra el sol.

En ese momento. Helios, el dios del Sol, apareció y dijo:

—*Estás equivocado, Heracles. Todo hombre noble, todo héroe, es amigo del Sol, y yo quiero ayudarte.*

Heracles le explicó cómo el rey Euristeo le había mandado capturar el ganado, y el dios del Sol le dijo:

—*Te daré mi propio barco que te llevará por sí mismo y te traerá de vuelta desde la isla.*

»*Allí, un monstruoso perro y un terrible gigante cuidan mi ganado, y debes vencerlos, pero de mí no tendrás nada que temer.*

El gran barco de oro del dios del Sol llevó a Heracles a través del océano con mucha rapidez hasta la isla.

Heracles vio el ganado pastando en los campos verdes y bajó a tierra, pero un perro tan grande como un toro y un gigante con tres cuerpos, tres cabezas, seis brazos y seis pies estaban cuidando el ganado.

Gruñendo y mostrando los dientes, el perro saltó a la garganta de Heracles, pero el héroe lo dejó muerto con un solo puñetazo en el hocico.

Ahora se le aproximaba el gigante, y a la vista de sus tres cabezas, seis brazos y seis piernas gruesas como troncos de arboles, hasta Heracles se puso a temblar.

Pero recordó que el dios del Sol era su amigo, y tiró una flecha con su arco que lastimó al gigante en el estómago, donde los tres cuerpos estaban unidos.

El monstruo cayó, toda la tierra se sacudió y el gigante murió.

Entonces Heracles llevó el ganado hasta el barco, que parecía chico para embarcarlos a todos.

Pero a medida que las vacas subían, el barco crecía, y finalmente hubo lugar para todo el ganado.

El barco de oro salió navegando solo y llevó a todos hasta el país de donde había salido Heracles.

Helios lo esperaba, y Heracles le agradeció y le devolvió el barco.

Mientras que Heracles arreaba las vacas de vuelta a Micenas, la diosa Hera decidió que el trabajo había sido demasiado fácil, y mandó un montón de moscas que les picaron a las vacas, las cuales empezaron a correr en todas direcciones.

Heracles tuvo que correrlas una por una, lo que le llevó mucho tiempo hasta que tuvo a toda la manada reunida otra vez.

Pero, por fin, el ganado del dios del Sol llegó hasta el rey Euristeo, y fue entregado al templo de Hera. ♣

vi:9 Cerbero, el sabueso del infierno

El próximo trabajo que el rey Euristeo le dio a Heracles era buscar las manzanas de oro de las Hespérides.

Muy muy al norte, detrás del hielo eterno y la nieve, había un valle lleno de flores y frutos, más bellos que todos los de la Tierra.

En ese jardín había un árbol que daba manzanas de oro, que estaba cuidado por cuatro doncellas llamadas Hespérides, y por un dragón que tenía cien cabezas, y que nunca dormía.

Heracles salió a buscar el jardín, que era como un paraíso. En todos lados donde iba le pedía indicaciones a la gente, y aunque todo el mundo había escuchado acerca del jardín, nadie sabía donde encontrarlo.

Heracles viajaba de país en país buscando y preguntando. Un día llegó al Cáucaso y encontró al pobre Prometeo encadenado en una roca.

Cuando Heracles le preguntó como podría ayudarlo, Prometeo le dijo:

—Si alguien está dispuesto a dar su vida por la mía, puedo ser liberado.

Entonces Heracles recordó al pobre y sufriente centauro Quirón, y decidió ir a encontrarlo.

El viejo sabio centauro accedió con gusto a dar su vida de dolor. Hasta Zeus estaba conforme con que Prometeo quedara libre si el inmortal Quirón entregaba su vida.

Quirón murió, y su sufrimiento terminó.

Entonces, Heracles volvió adonde estaba Prometeo y quebró sus cadenas.

Pero Zeus había jurado que Prometeo estaría atado a la roca para siempre, y el padre de los dioses no podía desoír sus propias palabras.

Entonces Prometeo, una vez liberado por Heracles, tuvo que usar permanentemente un anillo con un trozo de roca engarzada para que se cumpliera la palabra dada por Zeus.

Heracles siguió viajando y llegó a un país donde no vivían seres humanos. En este solitario paraje vio a un gigante parado en la cima de una montaña.

El titán, el amado Atlas, llevaba todo el cielo sobre sus hombros, para mantenerlos separados de la tierra.

Hoy llamamos atlas a los libros que contienen todos los mapas del mundo y es un recordatorio de este titán llamado Atlas.

Heracles habló con el gigante y le dijo:

—Busco las manzanas de oro del jardín de las Hespérides.

»Dime dónde puedo encontrarlas.

Y el gigante le contestó:

—Yo sé donde está el jardín, porque soy el único que conoce todos y cada uno de los lugares sobre la Tierra.

»Estoy dispuesto a ayudarte un poco más.

el profanador de textos

»Iré a buscar las manzanas de oro si mientras lo hago tu te paras aquí y sostienes el cielo por mí.

Heracles accedió, subió a la montaña y tomó el peso entero del cielo sobre sus poderosos hombros, y lo sostuvo durante tres días y tres noches.

Cuando el gigante regresó con las manzanas de oro, miró a Heracles y dijo:

—*Me cansé de llevar este enorme peso del cielo.*

»*Te dejo que lo sostengas mientras me voy a hacer un viaje. Hasta más ver, Heracles.*

Heracles le dijo rápidamente:

—*¡Un momento, Atlas! Quiero ponerme un almohadón sobre mis espaldas porque me duelen.*

»*Ten el cielo un momento, hasta que me acomode el almohadón.*

Cuando Atlas tomó nuevamente el cielo con sus enormes espaldas, Heracles le dijo:

—*Tu no eres suficientemente inteligente como para recorrer el mundo. Tienes que quedarte sosteniendo el cielo. Adiós.*

Abandonó a Atlas y se llevó las manzanas de oro para entregarlas al rey Euristeo.

El rey Euristeo tenía ahora el último trabajo, y pensó mucho tiempo para encontrarle el trabajo más difícil que hubiera sobre el mundo.

Al final pensó en algo que haría temblar al más valiente, y le dijo a Heracles:

—*Tráeme el sabueso llamado Cerbero, que cuida el mundo inferior.*”

Heracles temblaba de susto, pero Palas Atenea se le apareció y le dijo:

—*Cuando hayas cumplido con este trabajo, no habrá nada en el mundo que pueda asustarte.*

Lo guió hasta una cadena de montañas muy alejada de toda la gente y le mostró una cueva, que era la entrada al mundo inferior.

Heracles dejó a Palas Atenea y caminó dentro de la cueva donde lo esperaba Hermes, el mensajero de los dioses.

Hermes lo guió más y más adentro por un túnel oscuro que después se ensanchó en un campo amplio.

Todo ahí era de un gris incoloro, y había un silencio mortal.

Caminaron hasta llegar a un río de aguas tan negras como la tinta. Un botero los cruzó sin hablar ni una sola palabra.

En la otra orilla, Heracles vio sombras en la niebla que eran los fantasmas de los muertos.

Finalmente, Hermes guió a Heracles a través de un portón negro, hasta el palacio de Hades, el rey del mundo inferior.

Hades estaba sentado en su trono cubierto con un manto negro bordado con llamas rojas.

Heracles le hizo una reverencia al rey y le dijo para qué había ido, y Hades le contestó:

—*Te permito llevarte a Cerbero si puedes capturarlo sin usar armas.*

Heracles fue en busca del terrible perro que tenía tres cabezas sobre tres cuellos, y una serpiente por cola.

Cuando lo encontró, él perro ladró, y de sus fauces goteaba veneno, pero Heracles le pasó los brazos

alrededor de los tres cuellos y apretó con todas sus fuerzas.

La serpiente que tenía por cola le mordió la pierna a Heracles, pero éste apretó más y más, y el perro del infierno reconoció que había encontrado a su señor.

Cuando Heracles soltó a Cerbero, éste se arrastró delante suyo y le lamió los pies. Heracles lo amarró con una soga, y lo llevó así atado detrás suyo.

Volvieron cruzando el río, cruzando el campo gris, a través del túnel oscuro, y saliendo de la cueva. Cuando Heracles sacó al perro a la superficie, Hermes lo abandonó.

La luz del día puso furioso a Cerbero; ladraba y aullaba, y en todos los lugares donde caía a la tierra una gota del veneno de su boca, crecía en el lugar una planta de cicuta venenosa.¹

Cuando Euristeo supo que Heracles había cumplido con el último trabajo, y que traía a Cerbero atado en una soga, temblaba de miedo.

Mandó a todo su ejército a detener a Heracles para que no trajera a Cerbero al palacio.

Cuando Heracles se encontró con el ejército, cortó la soga con su daga.

Entonces se abrió la tierra debajo del sabueso y Cerbero saltó dentro de la brecha y desapareció.

Al fin Heracles había quedado libre nuevamente. Mediante estos doce grandes trabajos se había purificado de haber matado a sus hijos. ♣

¹ Más adelante, en Grecia se usaba esa planta cicuta para ejecutar a los criminales. [N. del Au.]

vi:10 Heracles, el inmortal

El pueblo de Grecia admiraba a Heracles por los doce trabajos realizados, y al llegar de regreso fue recibido como un dios.

Para demostrarle su gratitud a los dioses que lo habían ayudado, Heracles construyó una ciudad que llamó Olimpia, en honor de los dioses que vivían en el Monte Olimpo.

¿Recuerdan ustedes cómo Perseo tomó parte en una competencia de lanzamiento del disco, cuando viajaba de regreso a Argos? Era el propio Heracles quien hacía estos juegos, y cada año había competencias en Olimpia para encontrar a los hombres más fuertes y más rápidos de Grecia.

También tomaban parte en estas competiciones los cantantes, músicos y poetas para encontrar a los mejores entre los griegos.

Los ganadores de los juegos olímpicos recibían coronas hechas con hojas de olivo y ramas de palmeras, mientras que los artistas recibían como premio coronas de hojas de laurel.

Ese era el premio más alto que un griego podía ganar, y ningún griego victorioso cambiaría su corona de hojas verdes por oro o piedras preciosas.

Mientras Heracles se hallaba al servicio del rey Euristeo cumpliendo con sus doce trabajos, murió su esposa.

Se casó entonces con Deyanira, la hija de Eneo, rey de Calidón.

Pero Heracles estaba tan acostumbrado a su vida de viajero que continuó viajando con su esposa en busca de aventuras.

Un día llegaron a la orilla de un río donde vivía un centauro llamado Neso.

El centauro llevaba en su ancho lomo a viajeros que cruzaban el río, pero Heracles le dijo:

—Yo no necesito ayuda para cruzar el río, lo cruzo solo.

»Pero puedes cruzar a mi esposa para que no tenga que mojarse.

Entonces, Deyanira se sentó en el lomo de Neso y el centauro se metió al agua.

Deyanira era muy hermosa, y el centauro empezó a desear tenerla como su propia esposa, y cuando estaba en medio del río, dio la vuelta para regresar rápidamente a la orilla.

Asustada, Deyanira gritó, y Heracles, que ya había cruzado el río, vio lo que pasaba, y enseguida lanzó una flecha con su arco, que se clavó al centauro, que cayó al suelo.

Pero mientras Neso agonizaba, planeó su venganza. Le dijo a Deyanira:

—Como tú fuiste la última persona que llevé en mi lomo, quiero hacerte un regalo.

»Junta la sangre que fluye de mi herida y tiñe con ella una túnica para Heracles.

»Si alguna vez pierde la fuerza, hazle usar esa túnica, y la recuperará.

Dicho esto, el centauro murió.

Deyanira creyó en este engañoso consejo y juntó la sangre de su herida en una copa. Secretamente tiñó una de las túnicas de Heracles y la escondió.

Deyanira no sabía que la sangre del centauro estaba envenenada con la sangre de la Hidra, que Heracles usaba en las puntas de sus flechas.

Más adelante Heracles luchó en una guerra contra un rey cruel y malvado, y, junto con sus amigos, obtuvo una gran victoria, pero cuando retornó de la lucha Deyanira pensó que estaba cansado y débil.

Sólo estaba exhausto, pero tenía mal aspecto, porque tenía el presentimiento de que pronto moriría.

Deyanira pensó que estaba perdiendo fuerzas. Y fue a buscar la túnica.

Mientras Heracles preparaba un sacrificio para los dioses en agradecimiento por la victoria, Deyanira le dio la túnica a un sirviente y le dijo:

—Dile a Heracles que use esta túnica para el sacrificio.

»Yo la hice hacer especialmente para él, para celebrar la victoria.

Heracles estaba muy contento con la túnica roja y se la puso. Y encendió el fuego en el altar, pero cuando las llamas se elevaron, sentía como si la túnica ardiera interiormente.

Gritó de dolor, y cuando quiso sacársela, estaba como pegada a su piel.

Deyanira llegó llorando y le contó a su esposo lo que había pasado, y Heracles la perdonó porque ella no había querido hacerle daño.

No hubo ungüento ni hierbas capaces de aliviarle los dolores. Y Heracles sabía que se estaba muriendo.

Por orden suya lo llevaron a la cima de una montaña y allí se apiló una gran cantidad de madera.

Heracles subió a la pira con las últimas fuerzas que le quedaban, y uno de sus amigos le prendió fuego.

Las llamas tomaron fuerza y a la gente le pareció que un águila muy grande salía del humo y se elevaba más y más alto, hasta que no pudo verse más.

Heracles fue bienvenido por Zeus como uno de los dioses, y hasta Hera, la esposa de Zeus, dejó de ser su enemiga.

Y así, como había sido profetizado cuando era niño, Heracles se integró a los dioses que viven en el Monte Olimpo. ♣

vii Teseo

vii:1 el laberinto del rey Minos

Ya habrán escuchado que Grecia es un país soleado y caliente. El invierno es corto, y la mayor parte del año hay un sol brillante y un cielo azul que se refleja en las aguas del mar Egeo.

El país incluye una serie de islas, algunas grandes, otras pequeñas, algunas cercanas al continente y otras más alejadas.

La más grande se llama Creta. Actualmente viven en Creta muchos granjeros y pastores de ovejas; son gente pobres.

Pero en los tiempos antiguos era diferente.

Hace cuatro mil años —esto es dos mil años antes de que Cristo caminara sobre la Tierra—, la isla de Creta era un reino poderoso y rico.

Hace algunos años, los habitantes de Creta se sorprendieron mucho cuando vieron llegar arqueólogos e historiadores que cavaban la tierra en muchos lugares de la isla.

Se sorprendieron aún más cuando vieron que se descubrían ruinas de casas y palacios que habían sido construidos por el pueblo de Creta mucho tiempo atrás.

Estos edificios del pasado tenían muchas veces alturas de tres o cuatro pisos, las paredes habían sido

el profanador de textos

decoradas con maravillosas pinturas, y algunos de los techos habían tenido jardines sobre ellos.

Las imágenes muestran que el deporte más popular en aquellos tiempos era el ‘Salto del Toro.’

Hay dibujos de muchachos y muchachas de entre dieciséis o diecisiete años haciendo saltos y volteretas sobre el lomo’ de un toro.

Aunque el palacio desenterrado del rey de Creta estaba casi por completo en ruinas, todavía era posible ver que había sido enorme.

Tenía templos para adorar a los dioses, talleres para los diestros artesanos, que hacían hermosos jarrones, joyas y urnas, y grandes depósitos donde se podían guardar alimentos para cientos de personas.

En aquellos tiempos, Creta era un país próspero, y la gente, en general, eran comerciantes ricos y marinos valientes.

Sus barcos navegaban a países cercanos y lejanos llevando las cosas que los artesanos hacían, y retornaban cargados de plata, estaño y cobre.

Los reyes de Creta eran muy poderosos. No solamente gobernaban en su propia isla, sino también en islas menores cercanas.

Y hasta las ciudades de Grecia, por ejemplo, Atenas, pagaban tributos al rey de Creta mandando mercadería, generalmente aceite y trigo.

Uno de los reyes más ricos y poderosos fue Minos.

Un día el rey Minos le hizo una promesa a Poseidón, el dios del mar.

Había una gran tormenta en alta mar, y Minos prometió sacrificar su más bello toro a Poseidón si su flota volvía sana y salva.

Al día siguiente el mar estaba calmo, y la flota del rey volvió sin daño alguno.

Pero Minos era mezquino, y aunque sacrificó a un toro, era el más pobre y débil de todos.

Poseidón estaba furioso, y maldijo al rey Minos por su falsedad.

Poco tiempo después pasó algo terrible. La esposa de Minos dio a luz un niño que tenía cuerpo humano y cabeza de toro.

En la corte del rey vivía un griego inteligente llamado Dédalo, que era muy bueno para proyectar y hacer cosas. Hoy en día llamaríamos ingeniero a alguien como Dédalo, capaz de dibujar planos y de diseñar cosas.

El rey llamó a Dédalo y le dijo:

—*Quiero hacer algo muy especial. Quiero que construyas un laberinto tan complicado que nadie encuentre la salida.*

Entonces Dédalo se sentó y diseñó el laberinto. Planeó un edificio dividido por muchas paredes, y los pasillos entre las paredes se retorcían y daban vueltas en todas las direcciones.

De cada pasillo salían muchos ramales, de manera tal de que quien entrara en el pasillo pronto se encontraría perdido.

Al edificio se le daría el nombre de ‘Laberinto.’

Y la única persona que conocería el camino de salida sería el propio Dédalo.

Se tardaron varios años en construir el laberinto. Y mientras tanto, el monstruo con cabeza de toro que le había nacido al rey Minos crecía.

La pobre criatura no solamente era fea a la vista, sino que había tomado la horrible costumbre de comer seres humanos. Ya había matado y devorado a muchos sirvientes del palacio.

Los habitantes de Creta le tenían mucho miedo al monstruo, que era conocido como el ‘Minotauro,’ o el ‘Toro de Minos.’

Finalmente, cuando el laberinto estuvo terminado, el rey llevó al Minotauro al centro del edificio.

Luego exigió que todas las ciudades y las islas que pagaban tributos enviaran jóvenes de ambos sexos como ofrendas.

Hizo que estos jóvenes entraran al laberinto, y cuando se perdían en él, eran devorados por el monstruo.

Dédalos estaba aterrorizado por el uso que Minos le daba a este edificio, y quiso irse de Creta, pero el rey le dijo:

—*¡No, no quiero que nadie más tenga un laberinto! ¡No puedes irte!*

»*Has de permanecer aquí en la isla.*

Y como los barcos que llegaban a Creta obedecían las órdenes de Minos, Dédalo no tenía forma de escapar.

Pero un día, mientras estaba tristemente sentado con su joven hijo Ícaro, se le ocurrió una manera muy inteligente de escapar del cruel rey Minos. ♣

vii:2 vuelo hacia la libertad

—No vuelas demasiado alto. Si lo haces, el calor del sol derretirá la cera que mantiene juntas a las plumas.

»Pero tampoco has de volar demasiado bajo, porque no es conveniente que las alas toquen el agua.

Ícaro prometió seguir los consejos de su padre, y, una mañana, mientras Minos y sus cortesanos estaban todavía dormidos, Dédalo y su hijo se adosaron las alas y salieron volando.

Pronto dejaron atrás Creta, al avanzar con sus alas por el aire, a pesar de que sólo la cera mantenía juntas las plumas.

Dédalos no volaba muy alto, pero el joven Ícaro se regocijaba al ver como las alas lo elevaban, y pronto se olvidó de la advertencia de su padre.

Se remontó más y más alto, hasta que parecía un pequeño punto en el cielo.

A todo esto, ya era el mediodía, y el sol brillaba con gran intensidad, y lentamente la cera que mantenía unidas las plumas de las alas de Ícaro comenzó a derretirse. Empezaron a caer, y poco después Ícaro cayó al mar y se ahogó.

Dédalo continuó sólo su vuelo con una gran tristeza. Antes de oscurecer, Apolo bajó en la isla de Sicilia y llevó sus alas al templo de Apolo, donde las dejó como obsequio al dios de los rayos solares.

Pronto encontró trabajo con el rey de Sicilia, pero aunque había escapado de las crueldades del rey Minos, Dédalo se lamentaba con frecuencia por la pérdida de su hijo.

Allá en Creta, Minos estaba furioso por la huida de Dédalo, pero nada podía hacer. Y de todos modos, todavía tenía el laberinto y el terrible monstruo, el Minotauro, que vivía en él.

Dédalo ideó un plan para escaparse de la isla de Creta con su hijo Ícaro.

No podía hacerlo navegando porque ningún capitán se animaba a desobedecer al rey, que les había prohibido sacar de Creta al padre y al hijo.

Pero Dédalo había estado observando durante largo tiempo el vuelo de los pájaros, y su plan era construir dos pares de alas.

No había hombre alguno que anteriormente hubiera intentado volar, pero Dédalo estaba seguro de que su plan funcionaría.

Por lo tanto, padre e hijo empezaron a juntar todas las plumas de pájaros que pudieron encontrar, y las guardaban en un cofre.

Un vez encontraron en las colinas de Creta a un águila que había sido muerta por la flecha de un cazador. Le sacaron las plumas de las alas, y las agregaron a la colección.

Dédalo decidió que ya tenían suficientes plumas, y usando cera de abejas para pegarlas juntas, hizo dos pares de alas fuertes y grandes.

Una vez terminadas, les puso correas de manera tal de que pudieran adosarse a los brazos.

Ahora todo estaba listo, pero antes de salir, Dédalo le dijo al joven Ícaro:

Y las islas y ciudades que le debían tributo continuaban mandando jóvenes mujeres y hombres para alimentar a la bestia.

Como ya han escuchado, una de las ciudades griegas que debían pagarle tributos al rey Minos era Atenas.

Una vez al año, los siete jóvenes más apuestos y las siete mujeres más bellas eran embarcadas para Creta para ser devoradas por el Minotauro.

Era un día triste para los padres de esos jóvenes; era un día triste para toda Atenas, cuando lo mejor de su juventud iniciaba un viaje sin retorno.

Pero estaban cercanos los días en que un héroe iría al rescate y pondría fin a tan vergonzoso tributo.

En aquellos tiempos el rey de Atenas se llamaba Egeo. Ya era un hombre anciano, y no hubiera podido ir a la guerra contra el poderoso reino de Creta.

Sin embargo, cuando Egeo era un príncipe joven había viajado por las islas de Grecia y en la isla de Trecén encontró a la hermosa princesa Etra y se casó con ella.

Pero había una: antigua ley en Trecén que prohibía irse de la isla a las mujeres nacidas en ella, y cuando Egeo tuvo que regresar a Atenas, su esposa, la princesa Etra, no pudo acompañarlo.

Pero ya había dado a luz un hijo al que llamaron Teseo, que fue su consuelo cuando se fue Egeo.

El pequeño Teseo creció en Trecén, sin su padre. Su madre lo crió, y siendo todavía un muchacho demostró que no tenía miedo a nada.

Un día, el gran héroe Heracles visitó Trecén.

Recordarán que siempre llevaba una piel de león sobre sus hombros. Al sentarse Heracles para comer la comida que la hospitalaria princesa Etra había preparado para él, dejó la piel de león sobre una silla, con sus fauces abiertas.

En ese momento, Teseo y un grupo de otros chicos entraron, y cuando los chicos vieron la cabeza del león gritaron atemorizados y huyeron.

Pero no así el pequeño Teseo. Tomando un hacha atacó a la cabeza del león. Heracles se rió y le mostró que se trataba solamente de una piel, y más tarde le comentó a su madre:

—*Algún día, este hijo suyo será un famoso héroe, como yo.* ♣

vii:3 el camino a Atenas

Antes de que Egeo dejara Trecén, había enterrado su espada real y sus sandalias bajo de una gran roca. La princesa Etra llevaba a Teseo frecuentemente al lugar donde estaba escondida la espada, y le decía que cuando fuera suficientemente fuerte como para mover la roca, podría reclamar sus derechos como hijo del rey de Atenas.

Teseo creció hasta ser un hombre fuerte, y el día que cumplió los dieciséis años pudo mover la roca y obtener la espada y las sandalias que había dejado allí su padre Egeo para él.

Teseo lamentaba que hubiera llegado el momento de dejar a su madre, pero estaba impaciente por encontrarse con su padre y, sobre todo, deseaba emprender aventuras.

Le dijo adiós a su madre y navegó hasta la tierra firme de Grecia. Podría haber navegado directamente a Atenas, pero prefirió hacer por tierra la última parte de su viaje.

Había escuchado que ladrones y gigantes mero-deaban en esa parte del país, y estaba impaciente por afrontar peligros.

Llegó pronto a un acantilado que se levantaba recto en la orilla del mar, y encima del acantilado un

cruel bandido llamado Escirón había establecido su guarida.

Escirón acostumbraba a sentarse en una roca sobre el acantilado y forzar a los transeúntes a lavarle los pies. Pero cuando se agachaban para hacerlo, el bandido los empujaba y los tiraba al mar.

Al aproximarse Teseo, el bandido lo llamó:

—*Ven aquí y lávame los pies, o morirás con mi espada.*

—*Haré con gusto este pequeño servicio para ti, —le contestó Teseo.*

Se inclinó y con un movimiento rápido levantó a. Escirón de los pies y lo tiró por el acantilado, y el bandido se ahogó en el mar, como sus pobres víctimas habían sido ahogado antes.

Posteriormente había otro bruto llamado Sinis, que era muy fuerte, tan fuerte que podía doblar la parte alta de los árboles de pino hasta que tocaran el suelo. Capturaba a los viajeros que pasaban, los ataba de pies y manos a un árbol doblado, y al soltar el árbol, la pobre víctima era, despedazada.

Teseo luchó con Sinis y lo tiró al suelo, lo ató a dos árboles doblados, de manera tal de que sufriera la misma pena que había hecho sufrir a innumerables víctimas.

Teseo continuó su camino y se encontró con un gigante llamado Procasto, que frecuentemente invitaba a los viajeros a pasar una noche en su casa.

Con una sonrisa maliciosa le mostraba la cama a su huésped y le decía:

—*Debes estar cansado. Recuéstate en la cama, mi amigo, y dime si su largo está bien para ti.*

el profanador de textos

Si la cama era demasiado larga, el gigante le sostenía la cabeza y los pies al viajero y lo estiraba hasta que tuviera el mismo largo de la cama. Por supuesto que el viajero moría bajo ese tratamiento.

Si, por el contrario el huésped era demasiado largo, Procasto lo acortaba cortándole los pies con un hacha.

El gigante había matado de esta manera a muchas personas, y estaba planeando hacerle a Teseo la misma jugarreta.

Procasto guió a Teseo hasta la cama y le dijo:

—*Acuéstate. Veamos si tiene el tamaño correcto para ti.*

Preferiría ver como te acomodas tú en la cama, le contestó Teseo, y tomando al gigante con sus férreas manos, lo forzó, lo tiró, y lo ató en la cama, y le dijo:

—*Veo que eres demasiado largo para la cama.*

Tomó el hacha del gigante y le cortó la cabeza de un solo golpe.

De esta manera Teseo venció a los crueles hombres y endemoniados monstruos que hacían tan peligroso el viaje a Atenas.

El día que Teseo llegó a Atenas supo que habría un gran banquete en el palacio real. Se deslizó entre la multitud, y se sentó en una mesa.

Pasaban un enorme pedazo de carne, y los invitados cortaban tajadas con sus cuchillos.

Pero cuando la carne llegó a Teseo, hubo una gran sorpresa. No usó su cuchillo, sino que sacó su espada para cortar la carne.

El rey Egeo observaba con curiosidad a ese joven, y se preguntaba quién sería.

Luego reconoció la espada como su propia espada, y gritó:

—*¡Teseo, hijo mío! ¡Mi hijo ha venido!*

Padre e hijo se abrazaron y hubo gran alegría. Pero al día siguiente el rey Egeo le dijo a Teseo:

—*Mi querido hijo, has venido en un momento de gran tristeza. Mañana Atenas perderá siete de sus mejores jóvenes y siete de sus más bellas jóvenes.*

Y le contó a Teseo acerca del rey Minos y del laberinto donde vivía el Minotauro, y de los jóvenes que serían sacrificados.

Pero el valiente Teseo dijo:

—*¡Le pondré fin a esto! Iré yo mismo con ellos, como uno de los siete jóvenes.*

Planeó entonces juntarse con los jóvenes condenados a ir a la isla de Creta. ♣

vii:4 el hilo de Ariadna

El rey Egeo se sentía muy desgraciado. Su hijo acababa de llegar al palacio y ahora se había ofrecido como uno de los catorce jóvenes atenienses para ser devorado por el Minotauro.

Trató de persuadir a su hijo para que se quedara, pero Teseo no lo escuchaba.

Los buques que llevaban a los jóvenes condenados de Atenas a Creta, izaban velas negras en signo de duelo.

Cuando Teseo fue a bordo y se despidió a su padre, el rey le pidió:

—*Prométeme una cosa hijo mío. Si los dioses te favorecen y puedes realmente salvarte tú y los otros, iza velas blancas a tu regreso, de manera tal de que desde lejos podamos saber que todo salió bien.*

»*Pero si el buque regresa con velas negras izadas, sabré entonces que he perdido a mi hijo y que Atenas ha perdido otros catorce jóvenes.*

Y Teseo le prometió que izaría velas blancas si todo había salido bien.

El buque zarpó entonces para la isla de Creta, y cuando llegó, el rey Minos con toda la corte estaba en el puerto.

el profanador de textos

El rey había venido para asegurarse de que los atenienses habían realmente enviado lo mejor de su pueblo joven, y esta vez no tenía motivos de queja.

Las víctimas tenían un muy buen parecido, especialmente uno de ellos que tenía un porte realmente real, y que decía llamarse Teseo.

También Ariadna, la hija de Minos, estaba esperando en el puerto, y cuando vio al alto y esbelto Teseo se enamoró de él y decidió ayudarlo a que escapara del terrible monstruo del laberinto.

Los atenienses no fueron llevados directamente al Minotauro, sino que fueron conducidos al palacio, se les dio comida, y luego se los ubicó a cada uno en habitaciones separadas para que durmieran bien esa noche.

El rey Minos quería que estuvieran bien descansados cuando fueran al laberinto, de manera tal de que el monstruo tuviera un buen pasatiempo con ellos.

Pero esa noche, cuando todos estaban dormidos en el palacio, la hija del rey apareció silenciosamente en la habitación donde descansaba Teseo, y le dijo:

—Noble ateniense, he venido a rescatarte del horrible destino del laberinto.

»Te ayudaré, pero has de prometerme que me llevarás contigo a Atenas, porque mi padre me mataría si se enterara que te he ayudado.

Teseo le contestó:

—Hermosa princesa, con mucho gusto te llevaré a Atenas conmigo.

Ariadna le dio entonces una espada mágica, a única que podía matar al Minotauro, y un ovillo le hizo, diciéndole:

—Ata la punta del hilo a un poste en la puerta de entrada al laberinto.

»A medida que avanzas por los pasillos, deja que se deshaga el ovillo, y cuando hayas lidiado con el Minotauro, puedes salir recogiendo el hilo.

En cuanto Ariadna se fue, Teseo se deslizó silenciosamente de su habitación y se fue rápidamente al laberinto.

La entrada era como una boca negra bostezando, pero Teseo no tenía miedo.

Ató el hilo al poste de la puerta, como le había dicho Ariadna, y caminó en la oscuridad. Mantenía la espada en la mano derecha y el ovillo suavemente en la mano izquierda, de manera tal de que pudiera desenrollarse.

De no haber sido por el ovillo, Teseo pronto se hubiera perdido en los oscuros y retorcidos pasillos.

Entonces oyó el bramido y la respiración del Minotauro, que había olfateado la proximidad de un ser humano y se aprontaba para el ataque.

Teseo puso el ovillo de hilo debajo de sus pies, de manera tal de que pudiera encontrarlo fácilmente en la oscuridad, y apretó su mano contra la espada.

Una enorme sombra negra se levantó delante suyo, y pudo percibir una respiración caliente.

Teseo estiró su mano izquierda y agarró uno de los cuernos de la bestia. Con su fuerza férrea tiró al Minotauro cabeza abajo, y con un rápido golpe con la espada, se la cortó por el cuello.

La criatura se desplomó, y Teseo recogió el ovillo y siguió el hilo hasta encontrar la entrada.

Era todavía de noche cuando Teseo volvió del laberinto.

Rápidamente fue a despertar a sus camaradas y a la princesa Ariadna, y les dijo lo que había pasado.

Salieron del palacio y recorrieron las silenciosas calles dormidas hasta el puerto.

El barco estaba esperando, y la tripulación ateniense remó con rapidez alejándose y al llegar la mañana el rey Minos se encontró con que no sólo el Minotauro estaba muerto y que se habían ido los prisioneros, sino que también se había fugado su hija. ♣

vii:5 éxito y amargura

Los griegos creían que con cada felicidad los dioses mezclaban alguna desdicha, para que los seres humanos no fueran demasiado soberbios y engreídos y ciertamente así ocurría con Teseo y sus acompañantes.

La alegría del escape iba a estar mezclada con la tristeza, lo que ocurrió de esta manera.

En el viaje de regreso a Atenas vieron que se aproximaba una gran tormenta, y navegaron hasta la pequeña isla de Naxos para resguardarse.

Como hemos escuchado antes, Ariadna, la hija del rey Minos, se había enamorado de Teseo, pero los dioses tenían otro plan.

Ella estaba destinada a ser la esposa de Dioniso, el dios del vino.

Mientras los atenienses descansaban en la isla, Dioniso se le apareció en un sueño a Teseo y le dijo:

—Ariadna no es para tí. Su esposo no ha de ser un hombre mortal. Debes irte de esta isla sin ella.

Cuando Teseo y sus amigos despertaron, vieron que Ariadna estaba tan profundamente dormida que no había nada que pudiera despertarla.

Entonces Teseo les contó su sueño y, temiendo la ira de los dioses, dejaron a Ariadna y zarparon.

Cuando la princesa finalmente despertó y vio que Teseo la había dejado, lloró lágrimas amargas, pero se le apareció Dioniso y la consoló, y finalmente llegó a ser su esposa.

Mientras tanto, Teseo había casi llegado a Atenas con su barco, pero los atenienses estaban tan felices por haber sobrevivido que se olvidaron de la promesa de izar una vela blanca, y al aproximarse a Atenas seguían todavía con las velas negras izadas.

El rey Egeo se paraba todos los días sobre una roca de la costa mirando si veía una vela blanca que le anunciaría que su hijo estaba a salvo, y finalmente vio a la distancia un barco bien conocido para él, por ser el barco que había llevado tantos atenienses a la muerte.

Estaba en el horizonte, pero llevaba izada velas negras.

Al verlas, lloró con desesperación y se tiró al mar y se ahogó. Desde entonces, al mar hacia el este de Grecia se le llama. Mar Egeo.

Una vez más la felicidad estaba mezclada con la desdicha y cuando el barco llegó al puerto, Teseo supo que su olvido había causado la muerte de su padre.

Pero los atenienses lo aclamaron y lo veneraron por haber traído de vuelta a sus hijos y haber vencido al Minotauro.

Y Teseo fue proclamado rey de Atenas.

Fue un rey justo y ecuánime, y al ver que los atenienses se peleaban interminablemente entre ellos, nombró jueces, hombres sabios que decidieran en cada caso quien estaba en lo cierto y quien no.

También ordenó que se construyera en un lugar especial, un gran edificio, una casa para la justicia

o una corte de aplicación de las leyes, en la cual se resolvieran todas las controversias.

Los atenienses le tenían un gran respeto a Teseo y mucho tiempo después de su muerte decían que su espíritu estaba todavía vigilante sobre la ciudad.

Muchos cientos de años después, cuando un poderoso enemigo invadió a Grecia y amenazaba a Atenas, hubo una gran batalla, y los atenienses decían que el espíritu de Teseo combatía de su parte, totalmente armado, y que solamente por su ayuda habían obtenido la victoria. ♣

